

CAPÍTULO 18
Eltersdorf, Pascua de 1526

Recuerdo que la noche de la coronación del rey Willi, pocos en Mühlhausen pegaron ojo. A buen seguro que no lo consiguieron Rodemann ni Kreuzberg, los dos burgomaestres, bajo cuyas ventanas se disputó un extraordinario torneo de insultos, juramentos y frases sangrantes en su honor. Menos aún pudieron descansar los grupos de vagabundos ávidos de posibles saqueos, que desde la mañana siguiente llenaban las calles.

Por desgracia, Morfeo estrechó entre sus brazos a los dos centinelas apostados en la fachada posterior del palacio municipal, de manera que no les fue difícil a los burgomaestres salir huyendo en dirección a Salza, con el estandarte de la ciudad enrollado bajo el brazo.

Al despertar, por tanto, nuevo correr de la noticia, nueva zozobra y nueva concentración bajo las ventanas del Ayuntamiento, para pedir la intervención del Consejo. Los ocho delegados del pueblo, elegidos ya antes de nuestra llegada, trataron de convencer al jefe de la guardia de la gravedad de lo que los dos burgomaestres habían hecho, así como de la necesidad de echar tierra cuanto antes sobre aquella vergüenza. Pero aquel respondió que él no recibía órdenes de nadie más que de los legítimos representantes de la ciudadanía. Y mientras nosotros nos íbamos al arrabal de San Nicolás para poner en orden nuestras ideas, él logró reunir en torno a sí a una buena parte de la población, poniendo a todos en guardia contra todo aquel que quisiera aprovecharse de la difícil situación de la ciudad para disponer de las fuerzas del orden a su antojo.

No hizo falta que pasara mucho rato para que las paredes de la ciudad aparecieran cubiertas de comentarios del siguiente tenor: LOS ESBIRROS NO CAMBIAN NUNCA.

Mientras tanto, cansados de esperar el estallido de los acontecimientos, muchos maestros del saqueo en viaje de negocios reanudaban sin más pérdida de tiempo sus actividades, sembrando el terror intramuros de la ciudad y entre las filas de los defensores del palacio. Nosotros, por nuestro lado, intentábamos calibrar con la máxima precisión si resultaba oportuna o no una acción de fuerza. Fue enviado un mensajero a Salza con el fin de preguntar a algunos seguidores de Magister Thomas si no sería posible, por nuestra parte, intervenir directamente allí, al objeto de hacérsela pagar a los dos fugitivos y crear en aquella ciudad una situación favorable a la re-

vuelta. La respuesta fue una cordial invitación a meternos en nuestros asuntos.

Mühlhausen se preparaba para una segunda noche en vela. Las rondas de los burgueses inspeccionaban la ciudad antorcha en mano, mientras la guardia se alineaba ante la entrada de la Puerta de Felchta y del palacio. Precaución inútil: por nuestra parte, no iba a resultarnos difícil romper aquel piquete, pero una vez dentro, la ciudad podía transformarse en una trampa; desde cualquier ventana podía caer aceite hirviendo, por cualquier portón aparecer la muerte. Además, había que tener en cuenta que allí dentro disponían por lo menos de un centenar de arcabuceros, mientras que nosotros no contábamos con más de cinco.

De modo que esperábamos. Y la aureola del crepúsculo iba envolviendo lentamente las figuras de este ejército de los humildes, ocupadas en aprender el arte de lanzar piedras y asestar garrotazos, de dejar tendido al adversario, de dormir sobre los adoquines, mientras uno se alimentaba de pan de centeno y de grasa de ganso, con un oído pendiente del último sermón del Magister y el otro de las proezas eróticas del vecino.

Al día siguiente, pocas horas después del amanecer, Otilie y el Magister, viendo que el enfrentamiento a distancia había debilitado a la mayoría, y que eran muchos los que insistían en querer volver a sus asuntos, buscaron ayuda en la Biblia. «Cuando Dios sostenía a su pueblo, los muros de la ciudad se desmoronaban al toque de las trompetas. Acordaos del final de Jericó. También a nosotros, que somos sus elegidos, Dios Nuestro Señor nos concederá una victoria no menos fácil. Pero hay que tener fe y creer que Dios no abandonará a su ejército.»

Magister Thomas sabía cómo ser convincente, y este discurso fue tomado al pie de la letra por una cincuentena de hermanos. Armados de siete imponentes cuernos de caza, de esos con el estrangul de metal, se encaminaban a lo largo del sendero que bordeaba los bastiones, cantando y tocando con toda la fuerza de que eran capaces sus pulmones. La escena por lo menos produjo un entusiasmo general y, con toda seguridad, impresionó a varios ricos cerveceros atrincherados en la plaza municipal.

Aquellos cincuenta soldados de Josué no llegaron a dar nunca la séptima vuelta a las murallas. Apenas estaban terminando la quinta, gritando a voz en cuello «¡Siervos comemierda!», cuando a lo lejos apareció lo que había de disolver de forma definitiva la tensión de aquellos días. Un muy nutrido grupo de hombres, sobre el cual crecía un tupido bosque de largos garrotes, avanzaba expeditamente en dirección a la ciudad. De haberse tratado de los refuerzos proceden-

tes de Salza, Mühlhausen habría caído en nuestras manos aquella misma tarde. Pero el hermano Leonard, al que enviamos a su encuentro, regresó con la noticia de que eran los habitantes del condado, que venían a prestar su apoyo al Consejo de la ciudad. Al poco, la noticia llegó también intramuros, y no tardamos en encontrarnos atrapados entre dos fuegos: por un lado, los campesinos que subían por el empedrado y, por otro, los burgueses, que se lo pasaban en grande con la escena atisbando desde detrás de la primera fila de centinelas. En resumen, demasiados.

¡Eso es lo que ocurre cuando se deja de lado a los campesinos para ir a conquistar los cañones de la ciudad! Les prometen una reducción en las tasas de entrada de los productos agrícolas y de buenas a primeras te los encuentras en contra tuya. Precisamente en un día como aquel, con los campesinos de nuestra parte... En cambio, el ejército de los humildes se dispersó rápidamente, sin el menor derramamiento de sangre, como manteca en un horno. Los campesinos les estrecharon la mano a los burgueses, haciendo añicos nuestros cuernos de caza y se volvieron a sus casas tan campantes a la hora de la cena.

Así la resolución del Consejo de elegir dos nuevos burgomaestres tuvo todo el carácter de una concesión, una simple forma de eliminar a dos imbéciles y reforzar el control sobre la ciudad.

A la mañana siguiente, la plaza municipal se llenó nuevamente de una gran multitud de personas que esperaban conocer los nombres de los nuevos burgomaestres. Uno de los elegidos, el productor de la mejor cerveza de la ciudad, no tardó en festejarlo regalando a la población dos enormes barriles. Luego tomó la palabra el segundo, que tenía una tienda de paños. Dijo que, gracias a la sagacidad del Consejo, se había resuelto una situación de gran confusión, que Rodemann y Kreuzberg habían pagado con toda justicia su gesto y que no volverían a la ciudad. No obstante, no eran estos los únicos en haber actuado contra los intereses de la ciudadanía; tal como cabía esperar de un extranjero, micer Thomas Müntzer había hecho todo lo posible por traer el caos a la ciudad y micer Heinrich Pfeiffer lo había seguido ciegamente en sus propósitos instigadores. Mühlhausen no tenía la menor necesidad de semejante gente para mejorar su propio ordenamiento. Por tanto, Thomas Müntzer y Heinrich Pfeiffer eran invitados a abandonar la ciudad en un plazo de dos días. Si se demoraban más en hacerlo, se harían merecedores de su encarcelación en la torre del palacio.

Sigo preguntándome qué extraña alquimia debió de producirse en el transcurso de la noche precedente y qué fluido paralizante debió de correr en aquellos momentos por el pavimento de la plaza. Pero lo cierto es que la llegada de los campesinos fue un golpe duro,

así como también el sentirse cercados. No obstante, debió de haber algo más que explique el silencio que recorrió toda aquella extensión de cuerpos, tan impresionante como para borrar por un instante su hedor. Algo que Magister Thomas debía de haber intuido antes que yo, porque esa mañana se quedó en la iglesia de Santiago y cuando yo me reuní con él estaba recogiendo sus cosas.

Una vez que dejamos atrás las murallas de Mühlhausen, comprendimos que habíamos cometido el más grave de los errores. Un error irrepetible. Con la ciudad a nuestras espaldas, fue a mí a quien Ottillie le murmuró aquella lección:

–Tenías tú razón. Sin los campesinos no podemos hacer nada.

CAPÍTULO 19
Nuremberg, Franconia, 10 de octubre de 1524

Artículo cuarto: [...] Por ello presentamos la siguiente propuesta: si alguien tiene un riachuelo y, con la suficiente documentación, puede demostrar su pertenencia, habiendo comprado el curso de agua de buena fe, entonces no es voluntad nuestra expropiárselo por la fuerza, sino llegar con él a un acuerdo de buenos hermanos. Pero quien no pueda demostrar debidamente todo lo antedicho, deberá restituirlo a la comunidad, tal como es de justicia.

Artículo quinto: [...] que una comunidad tenga la libertad de permitir que cada cual pueda recoger y llevarse a su casa, sin pago alguno, la leña que precise para el fuego así como también la que le sea necesaria para la construcción [...]

Artículo sexto: Pesan sobre nosotros muchísimos gravámenes por el servicio que debemos prestar a nuestro señor y los cuales no cesan de aumentar [...] Solicitamos por dicho motivo que se admita, como justo que es, el que no se nos siga gravando de semejante modo, sino que se nos permita [...] prestar el servicio de igual modo que lo hicieran nuestros padres y únicamente según la palabra de Dios.

Entramos en Nuremberg por la puerta más al norte. A la izquierda, las imponentes torres de la fortaleza imperial nos recuerdan lo que ya sabíamos: que esta ciudad es una de las más grandes, hermosas y ricas de toda Europa. Delante de nosotros ascienden hasta el cielo las formas esbeltas de los campanarios de San Sebaldo, y a ambos lados de la calle pintores y escultores prosiguen su labor en sus talleres. Ottilie jura que la casa del gran Alberto Dürero está a pocos pasos de aquí. La de Johannes Denck, con el que hemos de encontrarnos esta misma mañana, se encuentra en cambio por la Königstrasse, en el ángulo sur del rombo que delimita el corazón de la ciudad.

Pasamos por la plaza del Mercado, pura ebriedad de olores a inciensos, perfumes y especias de las Indias, los colores de las sedas chinas que ondean al sol, los siete Electores que se inclinan ante el Emperador justo encima de nuestras cabezas, en el reloj de la iglesia de Nuestra Señora.

Hans Hut, el librero, desde que hemos entrado en la ciudad, se demora con el Magister inmediatamente detrás de nosotros, a paso deliberadamente más lento. Motivo: sostiene que en Nuremberg, se entre por la puerta que se entre, todo el que siga de forma instintiva el río de gente se encontrará más pronto o más tarde metido dentro

de una corriente invisible en la plaza de San Lorenzo. Así, para no influir en el resultado del experimento, se mantiene a distancia, dado que estas calles no guardan ningún secreto para él. A pesar de esta precaución, la demostración se ve igualmente falseada, puesto que las torres de San Lorenzo aparecen en toda su grandiosidad tan pronto como atravesamos el puente sobre el río que divide la ciudad.

Hay un ir y venir frenético en la imprenta. Jornada de encuentros importantes: un hervidero de contactos, diálogos, proyectos que anuncian nuevas semanas de convulsiones y altercados. Los campesinos están soliviantados: no pasa día sin que lleguen noticias de saqueos, insurrecciones, peleas intrascendentes que desembocan en tumultos, de región en región. La red de contactos que el Magister va cultivando con obsesiva precisión desde hace años es extensa y ramificada y nunca cesa de ensancharse y proporcionar noticias. Además, está precisamente la imprenta; esa técnica asombrosa que, igual que un incendio en un verano seco y ventoso, se desarrolla día a día, nos da abundancia de ideas para mandar lejos y con más prontitud los mensajes y las instigaciones que llegan a los hermanos, aparecidos como setas por todas partes del país.

Los dos aprendices están frenéticamente ocupados en el trabajo, en la gran imprenta de micer Hergott, en Nuremberg. Las manos transforman la tinta sobre el simple papel en caracteres de plomo que multiplican las palabras. Rápidas miradas y dedos ágiles que recomponen los escritos del Magister: proyectiles que serán disparados en todas direcciones por el más poderoso de los cañones. La prensa, en un rincón, parece dormir en espera de imprimir el sello final.

No ha sido difícil convencerlos. Hergott estará fuera de la ciudad durante una semana y la presencia simultánea de Hut, Pfeiffer, Denck y Magister Thomas bastaría para convencer a cualquiera: la vorágine de los discursos, la pasión y la fe de estos hombres, convencerían a los mismos muertos para volver al trabajo.

Sonríe pensativo, pendiente de todos modos del diálogo que se desarrolla en torno a la mesa, en la trasera de la imprenta. Están discutiendo acaloradamente. Hans Hut es de por estas tierras, vive en Bibra, a pocas leguas de aquí, excelente difusor de grabados desde hace ya algunos años. Imprimió las primeras partes del Evangelio traducido por Lutero, lo que le valió un gran crédito, crédito que sin embargo no percibió de los bancos de los príncipes. Dada la ingente montaña de trabajo, está tratando de abrir una imprenta propia, en Bibra: iniciativa importante, que quizá vea la luz en estas semanas. En cualquier caso, conoce todas las técnicas corrientes de impresión y su parecer resulta imprescindible.

Johannes Denck aparenta mi edad, astuto como una garduña, también es de por aquí, perfectamente conocido de las autoridades locales, pero desde hace ya bastante tiempo anda viajando por comarcas y pueblos, hasta las mismas regiones del mar del Norte. Provocador, agitador de oficio, conviene tenerlo como amigo para evitar que su espíritu libre se vuelva en contra de uno. Muestra no menos brillante inteligencia también para las Escrituras: la ciudad está alborotada por un discurso suyo en el que enumeraba cuarenta paradojas encontradas en los Evangelios. Afirma que para el fiel «no existe otra guía» en la lectura «que el mundo interior de Dios, que proviene del Espíritu Santo». El Magister aprecia su agudeza, su sagacidad y el bagaje de noticias que ha acumulado a lo largo de sus viajes. El texto que escribió en Mühlhausen y que hemos traído aquí habla también de estas cosas.

—Ese amasijo de carne flácida que reside en Wittenberg, fray Engañabobos, quiere mantener la Escritura lo más alejada posible de la mirada de los campesinos. ¡Teme ser derrocado del trono en el que posa su querido culo! ¡Y los campesinos deben mantener la cabeza gacha sobre el arado mientras él hace de nuevo Papa! ¡Una infamia como esta no puede durar más tiempo, ha de ser desenmascarado! La palabra del Señor ha de estar al alcance de todos, y sobre todo los humildes deben poder conocerla directamente y meditarla en conciencia, sin que tenga que pasar necesariamente por la babosa boca de los escribas.

Es el Magister quien habla. Denck asiente e interviene:

—Esta es la pura verdad. Pero hay que vérselas también con otros problemas. Los campesinos no lo son todo. También están las ciudades: ya visteis lo que pasaba en Mühlhausen. Como te decía, pasé unos meses increíbles en ese puerto del mar del Norte, Amberes. Allí los mercaderes son ricos y fuertes, el tráfico naviero aumenta cada hora que pasa y la ciudad es un hervidero de ánimos inquietos. Hay un hermano allí, uno que pone tejados de pizarra, para muchos toco e ignorante, que predica e incita a la rebelión de los espíritus libres contra los impíos. Si vieras a quién consigue arrastrar: peleteros, armadores, mercaderes de piedras preciosas con sus ilustres familias, junto con cervecedores, carpinteros y vagabundos. El dinero, en una palabra, y el dinero sirve para sufragar todas las causas. Los jodidos burgueses de nuestras ciudades son unos gazmoños, propensos a permutar pequeñas ventajas a cambio de la sumisión de los campesinos y el mantenimiento de los príncipes. ¡Es con sus culos con los que habría que emprenderla a patadas!

—¡Si conseguimos hacernos con sus establecimientos para imprimir nuestros escritos no habrá ninguna necesidad de dinero! —se ríe Hut.

—¡Tú calladito, pues llevamos meses haciendo proyectos para tu nueva imprenta y mientras tanto nos obligas a hacer de saltimbanquis! —le espeta Pfeiffer.

—¡No, no, esta vez se hará! En menos de un mes estará lista. Me han asegurado que la prensa está en camino y, si los tiempos no estuvieran tan revueltos, estaría lista ya desde hace semanas.

Denck le suelta un codazo:

—Y a ti, claro, corazón de león, los tiempos revueltos no te gustan nada...

Estallamos en risas.

Entretanto los aprendices de Hergott no han levantado ni un solo momento la cabeza de la mesa de composición: tienen aún para un rato. Desde hace un rato observo una cesta a rebosar de tiras de papel de diferente tamaño. Se la señalo a Hut:

—¿Para qué sirve?

—Para nada. Es el sobrante: esta prensa imprime cuatro páginas por cada folio grande. Cuando los cortas siempre queda algún resto.

—¿Es posible comprimir los caracteres y conseguir un margen sobrante mayor?

—Sí, pero ¿para qué? ¿Acaso no tienes bastante con todo este papel desperdiciado?

—Quizá sea una tontería, pero se me acaba de ocurrir que aparte del escrito del Magister, para cada impresión se podrían obtener folios sueltos, en los que imprimir en pocas pero eficaces líneas nuestro mensaje, de modo que podríamos llevarlos fácilmente con nosotros, y poder repartirlos en mano por los campos, aquí y allá. Podemos hacerlos circular a través de los hermanos repartidos por todas partes, podemos llegar a todos, no sé, es una idea...

Silencio. Pfeiffer descarga un puñetazo sobre la mesa:

—¡Podríamos imprimir cientos de ellos! ¡Miles!

Los ojos del Magister centellean como cuando se dispone a dar uno de sus sermones, su sonrisa hace que me encienda.

—Te has vuelto mayorcito, muchacho: tendrías que aprender a defender tú solo con más fuerza tus ideas.

Hut coge una tira de papel del cesto, toma pluma y tintero y comienza a hacer números. Murmura para sí:

—Puede funcionar, puede funcionar.

Casi se cae de la silla para volverse y gritarles a los impresores:

—¡Eh, vosotros dos, parad ya! ¡Dejadlo todo!

CAPÍTULO 20
Eltersdorf, otoño de 1526

Arreglo las jaulas para los pollos, en previsión del invierno, clavo las tablas para que los animales no pasen demasiado frío. Por la noche vuelvo a sumergirme en los recuerdos.

Recuerdo que llegó el tiempo del föhn, el mismo que sopla ahora sobre un mundo distinto.

El föhn: un viento cálido, denso de humedad y secreciones que sopla del sur, cruza la cadena alpina y viene a detenerse en los campos y valles, para volver a ascender con su carga de locos humores y violentas pasiones, por la que es famoso. Se enseñoreó de nosotros y de aquel invierno de fiebre y delirio, envolvió nuestros cuerpos en un estremecimiento imposible de controlar, antes de lanzarlos a una danza de la muerte que mantiene grabados en mi carne todos aquellos nombres. Nombres. De los lugares, de los rostros. Nombres de muertos. Los leía en las Escrituras, en primer término, y salían disparados fuera de las hojas encerradas en los tomos, uniéndose de forma indisoluble a la alegría de los ojos de las hermanas, adoptando las expresiones radiantes de sus hijos, los perfiles afilados, toscos, de campesinos y mineros libres en el Espíritu de Dios.

Jacob, Matthias, Johannes, Elías, Gudrun, Ottilie, Hansi.

Nombres de muertos, ahora. No tendré más nombres, nunca más. No uniré la vida al cadáver de ningún nombre. Así los tendré a todos. Hoy estoy vivo para recordarlos, y puedo escuchar cómo repiquetea la lluvia en el tejado, mientras que termina otro otoño bajo el apremio del tiempo y Eltersdorf se prepara para recibir las próximas nieves, las heladas después de este último hálito cálido.

El octubre del año 24 terminó con otra expulsión extramuros. Esta vez se trataba de Nuremberg. Desde hacía cerca de una semana los dos encargados de la imprenta de Hergott nos habían entregado el fruto de noches sin dormir y días de frenético trabajo; los dos escritos que el Magister se había llevado consigo de Mühlhausen: quinientos ejemplares de la Denuncia explícita, más otros tantos de la Refutación. Aparte de las modificaciones introducidas en el método de composición de los cuartos de página, nos habían hecho reunir varios miles de folios sueltos, de pequeño tamaño, en los que se reproducía una muy breve versión de nuestro programa, junto con incitaciones, dirigidas principalmente a las mujeres, a la bendición del Señor que había de protegernos también con la espada, si era menes-

ter. Podríamos repartirlos libremente, durante los desplazamientos por campos, burgos, regiones. Tras una discusión no carente de momentos de hilaridad, decidimos llamarlos *flugblatt** debido precisamente a su característica de hojas individuales de formato reducido, que podían pasar fácilmente de mano en mano, adecuadas para la gente humilde, escritas en una lengua sencilla que muchos comprenderían directamente o bien haciéndosela leer por algún otro.

Aquella semana había transcurrido entre el ir y venir de emisarios y correos que garantizaban la primera distribución de textos del Magister por varias regiones: cien copias habían sido ya expedidas a Augsburgo. Pero el clima de la ciudad no era muy tranquilizador que digamos. Gran ruido había provocado, por ejemplo, la enésima proeza de Denck, que el 24 o 25 de octubre había arengado más allá de lo tolerable a los estudiantes de San Sebald, con abiertas invitaciones a acabar con todo aquel que se arrogara el derecho exclusivo de interpretar la palabra de Dios. Un discurso a cuyo término, Johannes el Zorro, con una típica improvisación muy suya, se había autoproclamado rector de la misma escuela, aclamado por los estudiantes entusiasmados. Todo ello había gustado muy poco a las autoridades locales, apremiadas asimismo por las incesantes noticias sobre la proliferación de revueltas en la Selva Negra y en todas las regiones circundantes, por lo que desde el día siguiente había corrido el rumor de una expulsión inminente de Denck de la ciudad.

Y así fue. El 27 de octubre el cargamento de libros del hermano Hölzel fue parado en la Puerta de Spittler, mientras salía de la ciudad para dirigirse a Maguncia. Entre los volúmenes, la guardia del Consejo ciudadano, puesta evidentemente ya sobre aviso, encontró veinte ejemplares de la Denuncia explícita, confiscaron la partida entera y expulsaron con cajas destempladas a Hölzel, que había recibido del Magister el cometido de imprimir y difundir el escrito. Durante esa misma jornada el rumor de la inminente expulsión de Denck se reveló cierto. Al amanecer del 28 de octubre estábamos ya todos arrestados. Los esbirros iban a necesitar todavía un día entero para dar con nuestro depósito: Hergott había vuelto, no había dudado en denunciarnos y permitir a la guardia interrogar largamente a los dos aprendices. Toda la tirada fue confiscada. Tan solo Hut consiguió trasladar el día antes a Bibra las hojas volantes, juntamente con algunos ejemplares de los escritos del Magister.

El Consejo no quería problemas. Aquella misma tarde aparecieron dos burgomaestres por la celda y nos comunicaron que había sido tomada la decisión: antes del alba íbamos a ser conduci-

* 'Hojas volantes'.

dos fuera de la ciudad sin que se diera noticia del arresto ni de la expulsión.

Magister Thomas, Ottilie, Pfeiffer, Denck, Hut, Elias y yo. Nos encontramos de nuevo en camino, contemplando el espectáculo increíble del amanecer que empezaba tímidamente a despuntar por detrás de los pináculos de Nuremberg, tiñéndolos de rosa. Esta vez el Magister no parecía en nada afectado por los acontecimientos: Hut nos condujo a su casa, a Bibra, a pocas leguas de camino, un lugar seguro en el que decidir lo que convenía hacer.

Allí el Magister nos dijo que era menester separarse y esto nos inquietó no poco: el compartir las malandanzas de los últimos meses había hecho que hiciéramos buenas migas y parecía absurdo disolver la compañía.

Recuerdo la determinación en sus ojos:

–Lo sé, pero nosotros siete tenemos que hacer el trabajo de cien –dijo– y si no permanecemos todos unidos no lo conseguiremos jamás. Hay tareas que tienen una prioridad absoluta y que hemos de repartirnos. Los tiempos están ya maduros, los impíos pueden verse entre la espada y la pared, media Alemania se ha alzado en rebeldía, no hay un momento que perder.

Se volvió hacia Hut:

–Ante todo es necesario asegurarse de que por lo menos los libros expedidos a Augsburgo hayan llegado a su destino, y tratar de difundirlos lo más rápidamente posible...

Hut asintió sin añadir nada. La tarea le correspondía a él.

El Magister continuó:

–Por lo que a mí respecta, es de suma importancia que llegue a Basilea. Tengo que ver a Oecolampadio y comprobar si realmente la situación es tan ferviente como me han escrito los hermanos de allí. Si la ciudad más importante de la Confederación Helvética se pusiese de nuestro lado, los príncipes se las verían negras... –Su mirada cayó sobre Denck–. Creo que tú, Johannes, deberías venir conmigo. Has trabajado ya en una gran ciudad y tu consejo sería de gran ayuda.

–¿Y los demás? –Pfeiffer pareció preocupado–. ¿Dónde vamos a meternos?

Magister Thomas recogió una pesada alforja de yute y la abrió sobre la mesa, que bastó para derramar parte de su contenido ante nuestros ojos. Las hojas volantes revolotearon sobre las tablas como si una mano invisible las moviera.

–Aquí tenéis las semillas. Los campos serán vuestro lugar de trabajo.

Mi mirada desorientada se encontró con las de Pfeiffer y de Elias. Ottilie recogió algunas hojas:

—Por supuesto, los campesinos... los campesinos. —Me miró a mí—. Deben tener la posibilidad de saber, es preciso hacerles saber que sus hermanos de toda Alemania están alzándose. Y a todo aquel que no sepa leer, le leeremos nosotros... —Luego, vuelta hacia Pfeiffer—: Un ejército, Heinrich, un ejército de campesinos que libere palmo a palmo esta tierra de la impiedad... —Busca la aprobación del Magister—. ¡Marcharemos con los campesinos sobre Mühlhausen, hay allí todavía mucha gente que quiere sacudirse el yugo de los tiranos y de los falsos profetas!

Sentí el ardor del valor que me henchía el corazón y los músculos, pues los ojos y las palabras de aquella mujer encendieron en mí un fuego que creí que ya nada ni nadie iba a poder extinguir nunca.

Señalándonos, Magister Thomas se dirigió a ella con una sonrisa y dijo:

—Mujer, te confío a estos tres hombres. Haz que vuelva a encontrarlos sanos y salvos a mi vuelta. Deberéis ser prudentes, pues los esbirros de los príncipes andan merodeando por el condado, no os detengáis nunca, no durmáis nunca dos noches seguidas en el mismo sitio, no confiéis en nadie cuyo corazón no sea para vosotros como un libro abierto. Y confiad en Dios en todo momento. Suya es la luz que ilumina nuestro camino. Procurad que nunca os abandone. Confío que a primeros del nuevo año nos encontremos todos en la iglesia de Nuestra Señora de Mühlhausen. Buena suerte, y que el Señor esté con cada uno de vosotros.

CAPÍTULO 21
Eltersdorf, comienzos de año de 1527

El viento golpea contra las tablas de la puerta como un perro enloquecido. Las velas parecen vacilar también aquí dentro, como si pudieran ser alcanzadas por el gélido soplo del invierno. Así, los recuerdos se entremezclan y tiemblan, recorridos aún por los estremecimientos de aquella rabia: fueron los días de la tempestad. Yacijas, a cuyo lado este catre diríase un lecho principesco; niños flacos y sucios, rostros llenos de dignidad incapaces de un lamento que se henchían de ansias de liberación; siempre en camino, pasando por aldeas, burgos, aldeas. Éramos sembradores diligentes, que prendíamos la chispa de la guerra contra los usurpadores de la gloria de Dios, los opresores de Su pueblo. Vi hoces transformarse en espadas, azadas convertirse en lanzas, y hombres sencillos dejar el arado para trocarse en los más impávidos guerreros. Vi a un pequeño leñador tallar un gran crucifijo y ponerse a la cabeza de las filas de Cristo como el capitán del más invencible de los ejércitos. Vi todo esto y vi a aquellos hombres y a aquellas mujeres unir su fe y hacer de ella una bandera de venganza. El amor animaba los corazones con ese único fuego que nos inflamaba interiormente: éramos libres e iguales en el nombre de Dios y habíamos hendido las montañas, detenido los vientos, dado muerte a todos nuestros tiranos para hacer realidad Su reino de paz y de fraternidad. Podíamos hacerlo, por fin podíamos hacerlo: la vida nos pertenecía.

Themar, Unterhof, Regendorf, Swartzfeld, Ohrdruf, nunca dos días en el mismo lugar. A mediados de noviembre decidimos hacer un alto en un minúsculo pueblecito de nombre Grünbach, a poco más de una jornada de camino de Mühlhausen. El lugar estaba habitado exclusivamente por campesinos al servicio del caballero de Entzenberger, con quien años antes el polifacético Pfeiffer había desempeñado funciones de cocinero y de confesor. Nos aseguró que el caballero era un enemigo jurado de la ciudad imperial y que sin duda no impediría nuestra acción de evangelización en sus posesiones.

A cambio de una ayuda en los trabajos más pesados, encontramos acomodo en un viejo establo en desuso, al lado de la casucha de una viuda de nombre Frida. Por cama, paja y unas mantas de burda lana. Desde la misma mañana de nuestra llegada, la mujer se mostró muy contenta de hospedarnos, afirmando que durante toda la semana an-

terior había tenido todo tipo de presagios acerca de la llegada a su casa de personas importantes. Por primera vez tuve la extraña sensación de escuchar a una persona hablar mi propio lenguaje sin comprender ni pizca de lo que estaba diciendo. A excepción de Pfeiffer, que había nacido en aquella región, la única en pescar algo de todo cuanto dijo la anciana campesina fue Ottilie, que en su deambular en compañía de su esposo había comenzado a prestar oídos a las mil expresiones en que puede deformarse la propia lengua vernácula.

La viuda Frenner tenía una hija, de unos dieciséis años, que se ocupaba de las vacas del amo y las ordeñaba todas las mañanas. La muchacha era la más pequeña de seis hermanos, que habían acabado todos en la compañía de un valeroso capitán a sueldo del conde de Mansfeld.

Al día siguiente de nuestra llegada a Grünbach, muy temprano, comenzamos a visitar campos, huertos y establos y a entrar en contacto con la gente, repartiendo hojas volantes y anunciando la caída inminente de los poderosos. La competencia fue muy reñida: en la misma jornada encontramos a un predicador luterano, a dos vagabundos que andaban en busca de obtener hospitalidad y comida explicando la Biblia y prediciendo el futuro; y, por último, a un reclutador de tropas mercenarias que magnificaba la vida en su ejército, la generosa paga, la ganancia fácil, la gloria.

La mayor parte de los campesinos que encontramos nos escuchó con una cierta atención, hizo preguntas muy puntillosas respecto al fin del mundo, se enorgulleció de oírse llamar pueblo elegido y mostró un cierto espanto ante la idea de que para cambiar su situación no iba a ser Dios quien descendiese en persona para derribar a los poderosos, sino que debían hacerlo ellos con hoces y horcas. Algunos, merced a las hojas que les entregábamos, tuvieron conocimiento de la imprenta, mientras que otros dieron muestras de ser capaces de leer algo y nos explicaron que habían aprendido a hacerlo gracias a un vendedor ambulante de almanaques y profecías. Gran éxito cosechaba la stampa de la imagen de Martín Lutero aporreando a obispos y papistas. Decidimos, pues, que en las próximas hojas volantes imprimiríamos sobre todo imágenes: soberanos obligados a cavar la tierra, campesinos en revuelta bajo la mirada protectora del Omnipotente y cosas por el estilo.

Por la noche, en Grünbach, fuimos invitados al establecimiento de un tal Lambert, que hacía el oficio de herrero y arreglaba las herramientas. El horno apagado hacía poco difundía su calor en la estancia. Nos fue ofrecido pan condimentado con comino y coriandro, y Elias, sin llamar demasiado la atención, convenció también a Ottilie, que aborrecía aquellos sabores, para que comiera por lo me-

nos un poco. Más tarde, mientras nos envolvíamos en las bastas mantas, nos explicó que únicamente los brujos y las brujas se negaban a comer el comino, porque se afirma que anula todos sus poderes.

El herrero Lambert lanzó un reto de canciones al revés y empezó a proponer la suya: He salido esta mañana todavía a oscuras, con la hoz para ir a cavar, y por el camino me he subido a una encina, me he comido todas las cerezas y entonces ha llegado el amo de aquel manzano y me ha dicho que le pagara la uva.

Otros empalmaron con paparruchas que hablaban de lobos que balan, de conchas que arrastran caracoles, de pulgas que se transforman en huevos. Pero el premio final le fue adjudicado a Elias, con su voz de oso: Conozco una canción al revés, que pronto al derecho tendré que cantar, he explicado el Evangelio al párroco, que se obstinaba en hablar en latín, le he dicho que debe pagar el trigo, que el sobrante es de quien no lo tiene. He subido yo solo a palacio, con mi amigo hemos ido a casa del señor, cinco le hemos dicho que la tierra nos pertenece, diez se lo hemos explicado, veinte lo hemos puesto en fuga, cincuenta nos hemos apoderado del castillo, cien le hemos prendido fuego, mil hemos pasado el río, ¡diez mil hemos ido a la batalla final!

Gracias a esa canción, que pronto se convertiría en un himno propiamente dicho, no tardamos en ganarnos la simpatía de los campesinos de Grünbach. Elias preparaba la batalla final: auténticos adiestramientos, todos los días a la caída de la tarde, enseñando a usar la espada y el cuchillo, a desarmar al adversario, a arrojarlo al suelo y a reducirlo con las manos desnudas. Yo nunca había manejado con anterioridad ningún tipo de arma, y he de admitir que los campesinos se revelaron discípulos mucho más hábiles que yo.

Y puesto que a la gente de campo no le agradan las cosas abstractas, tras algunos días pusimos a prueba a nuestro pequeño ejército. No obstante, no hubo mucha ocasión de combatir; el párroco se dio a la fuga apenas vio las horcas alzadas sobre las cabezas, y no fue difícil requisar el grano del último diezmo a fin de redistribuirlo entre la gente de las aldeas circundantes.

Algunos días después organizamos una gran fiesta en Sneedorf, en el curso de la cual se eligió al nuevo párroco de la comunidad, y por vez primera desde hacía muchos años la autoridad religiosa permitió bailar la danza del gallo, que había estado prohibida hasta entonces, debido a ciertas piruetas muy lascivas que dejaban entrever las piernas de las mujeres. Antes de emborracharme como pocas veces me había sucedido, mientras las piernas me sostuvieron, acompañé en las danzas a Dana, la joven hija de la viuda Frenner.

En los días siguientes, la noticia de un párroco elegido por los fieles llegó también a las comunidades vecinas, que enviaron mensa-

jes a Grünbach para pedirnos que interviniéramos en su ayuda, ya contra el párroco, ya contra el señor del lugar. Sin la menor vacilación nuestros hermanos dejaron sus trabajos y acudieron allí donde se les requería, hasta que tres días ininterrumpidos de nieve bloquearon todo posible desplazamiento.

Aparte del viento y del frío intenso, otra tempestad llegó a nuestra aldea. Poco antes del alba fuimos despertados por los gritos de los campesinos que habían ido a los campos para hacerse una idea de los efectos de la helada.

Cuando salimos a la era, Frida corría enloquecida hacia todas partes y Dana lloraba arrodillada en la nieve. Pfeiffer detuvo a la viuda para comprender qué estaba pasando, pero en el estado en que se hallaba su hablar se hacía más incomprensible aún. Entonces me acerqué a Dana e inclinándome sobre ella le pregunté despaciosamente:

—¿Qué ocurre, hermana? Dinos algo...

Sollozando:

—Los lansquenets, están aquí de nuevo... Mataron a mi padre, se llevaron a mis hermanos, a mí y a mi madre...

Era incapaz de continuar.

Aparecidos de Dios sabe dónde, llamados para quién sabe qué guerra, hambrientos por el frío y cansados, un puñado de mercenarios venían directamente hacia aquel villorrio, con la esperanza de llevarse un poco de comida, y la amenaza de violaciones, incendios y muerte si no lo encontraban.

Elias fue el primero en buscar una solución.

—Si no ando errado, aquí en el pueblo somos treinta hombres y veinte mujeres. Ellos son seguramente muchos más. No podemos batirnos. Propongo dejar para ellos las vacas del caballero: cuatro vacas deberían bastar para quitarles el hambre.

Dicho esto, se alejó para avisar a los demás. Yo fui tras él, mientras que Pfeiffer se quedó con las mujeres.

Los campesinos estaban acostumbrados a defender los bienes de su señor aun al precio de sus vidas, pues en caso contrario hubieran tenido que pasar años cediendo al amo casi entera su parte de la cosecha para resarcirle del daño sufrido. Por eso no fue fácil convencerlos de que esta vez, cuando el amo viniera a reclamar sus privilegios, le respondieran tal como se merecía, mientras que ahora, aislados como estaban, cabía pensar solo en salvar el pellejo.

Recibimos a los mercenarios en el camino de la aldea, con nieve hasta las rodillas y toda clase de herramientas fuertemente empuñadas. Debían de ser por lo menos un centenar, pero enseguida nos dimos cuenta de que la marcha y el frío los habían extenuado. Muchos

de ellos no se sostenían derechos a causa de los pies congelados, a otros les faltaba bien poco para quedarse ateridos. Había también con ellos varias mujeres, probablemente prostitutas, en un estado lamentable.

—Tenemos necesidad de comida, de un fuego y de alguna hierba contra las fiebres —dijo el capitán cuando estuvo al alcance de su voz.

—Lo tendréis —fue la respuesta del herrero Lambert.

—Pero —añadió Elias, que había intuido la situación— dejaréis libres a todos los hombres y mujeres que no quieran seguirlos.

—¡Nadie quiere irse de mi ejército! —repuso el capitán tratando de resultar convincente, pero no había terminado de decir aquellas palabras cuando por lo menos una treintena, entre hombres y mujeres, tropezando en la nieve, vinieron a esconderse detrás de nosotros.

El capitán se quedó inmóvil, la mandíbula apretada. Luego dijo de nuevo:

—Adelante, entonces, muéstranos la comida y la leña.

Entregamos a los cocineros cuatro vacas más bien metidas en carnes, que aquellos comenzaron a degollar y a descuartizar de inmediato, y la sangre se mezclaba con la nieve derretida.

Aquella noche Dana, aterida de frío y de miedo, vino a reunirse conmigo en mi yacija de paja, rogándome que la dejara quedarse allí y la protegiera, porque temía que los soldados pudieran volver a hacerle lo mismo que ella y su madre habían tenido que padecer dos años antes.

Se deslizó debajo de mí, antes de que pudiera siquiera respirar y poner un poco en orden mis ideas. Era flaca, de codos puntiagudos, largas piernas rectas igual que sus pechos, pequeños, apuntados contra mí, que ya a duras penas conseguía contener la respiración más intensa, precisamente sobre su cara de unos ojos negros. Se acurrucó, el rostro apretado contra mi pecho, y a la chita callando una pierna envolvió mi cadera.

Nadie te hará ningún daño.

Liberé dentro de ella, sin impetuosidad, días, meses de tensiones y deseo, jadeando a cada toque y leve movimiento. Los sutiles gemidos de Dana no demandaban palabras ni promesas: me incliné, la boca buscaba su pecho, primero rocé, luego apreté los labios sobre un pezón. Sostuve su rostro y los cabellos, más cortos que los de un mozo, entre las manos, dentro de ella, largo rato, durante un tiempo que no recuerdo, hasta que se durmió estrechamente apretada contra mí.

Se fueron tres días después, dejando abandonados los restos de las carcasas al lado de los hoyos negruzcos de los fuegos en la nieve y la treintena de desesperados sin paga desde hacía meses. Los recién lle-

gados se revelaron útiles: casi todos eran gente de campo, pero sabían emplear las armas y formar en orden de combate.

El primer viernes de cada mes se celebraba en Mühlhausen un gran mercado artesanal, al que acudían gentes de los cuatro confines de Turingia, de Halle y de Fulda, de Allstedt y de Kassel. Según Pfeiffer, aquel era el día en que debíamos intentar la entrada a la ciudad, ocultos entre la gran masa de personas que cruzaba sus puertas. Se acercaba diciembre. Comenzamos a establecer contactos dentro de Mühlhausen, entre los mineros del conde de Mansfeld, entre los habitantes de Salza y Sangerhausen. El primer viernes de diciembre la ciudad de los cerveceros estaría llena de una multitud interesada en algo muy distinto que en algún cesto de paja.

CAPÍTULO 22
Mühlhausen, 1 de diciembre de 1524

Artículo séptimo: De ahora en adelante un señor no debe aumentar ya los gravámenes a su antojo [...] Sin embargo, cuando el señor tenga necesidad de un servicio, el campesino se lo proporcionará obedientemente y de buen grado; mas lo hará en los días y en las horas en que ello no pueda causarle ningún perjuicio a él, y recibiendo a cambio la adecuada compensación económica.

Artículo octavo: [...] Pedimos que el señor haga examinar estos bienes [que usufruamos] por gente de confianza, a fin de decidir cuál es el canon justo, para que el campesino no haga un trabajo sin paga ninguna, puesto que si hubo un trabajo es su derecho verse recompensado.

Artículo noveno: [...] Es convicción nuestra que hay que atenerse a las penas del viejo ordenamiento jurídico escrito, que prevé un juicio objetivo y no uno dictado por su simple albedrío.

El olor penetrante y desagradable de las sustancias utilizadas para curtir las pieles hace que la guardia que protege la puerta se dé prisa. Se deja pasar al curtidor tras un control muy expeditivo, y junto con él también a su nutrido acompañamiento, en el que nadie tiene ocasión de identificar a un viejo conocido de la ciudad imperial, a un ex estudiante de Wittenberg, a un minero descomunal y a una joven de ojos de jade.

Las calles de Mühlhausen están atestadas de carros, tirados en medio de aquel atolladero de gente por bueyes, caballos, mulos cansados y, no raramente, humanos. Enormes balumbas, aplastadas por un enredijo de cuerdas y cordeles, a menudo tan altas que oscurecen las ventanas de las casas. Cargados de útiles de toda clase de oficios, muebles para todo tipo de habitaciones, ropas para individuos de todo género. Asoman por cada esquina, cuando menos se lo espera uno, precedidos por los gritos del carretero que pide que se le deje libre el paso, a una velocidad cada vez mayor para no dar lugar a empujones, choques y pisotones.

En las calles más anchas, a ambos lados, tienen sus puestos los vendedores peor equipados, con la mercancía colocada en el mismo suelo; mientras que en la plaza están los que por lo menos cuentan con dos palos y un toldo de protección o carros lujosos que con juegos de bisagras y ensambladuras se transformaban en tiendas propiamente dichas. Hay quien ilustra a fuerza de gritos las cualidades de

sus productos y quien prefiere llamarte con un cuchicheo, como si hubiera intuido que eres precisamente tú quien sabrá apreciar su increíble oferta; tampoco faltan quienes mandan aquí y allá a sus mozos para abordar a los clientes y ofrecen cerveza a quien se entretiene para hacer un trato. Muchas familias dan vueltas cogidas a una cuerda, temerosas de que la confusión y el caos arrastre a alguno.

Elias escruta a la multitud. En la zona de los vendedores de objetos de alfarería ha reconocido ya a los de Allstedt. Una mirada a la parte de los vidrieros confirma la llegada de los campesinos del Hainich. Más allá, los que saludan alzando la Biblia deben de ser de Salza.

Ottillie levanta la vista, en espera de la señal. Ha identificado ya al gaznápiro, uno del Consejo de la ciudad, que le ha indicado Pfeiffer. Tenemos que esperar a los mineros de Mansfeld, que no se han dejado ver aún. Sin ellos, no se hace nada.

Un chiquillo se abre paso entre el gentío:

—¡Señor, necesitáis un traje nuevo! Venid a visitar la tienda de mi padre, os llevaré yo, señor...

Se agarra a mi casaca.

Me vuelvo molesto, y él susurra:

—Los hermanos mineros ya están aquí, detrás del carro de los ladrillos.

Doy un tirón a Elias:

—Empecemos, estamos todos.

Dejo caer una moneda en la palma abierta del pequeño mensajero, una caricia en la frente, y me preparo a disfrutar de la escena.

Ottillie se acerca a su hombre, en el punto de mayor gentío, frente a un luthier. Se pone detrás de él y aprieta ligeramente el pecho contra su espalda, bisbisea algo acercando los labios a su oído y dejando que sus rubios cabellos le rocen un hombro. Luego, con una mano, comienza a trabajarle la entrepierna. Veo la nuca del pobre bobo ponerse del color de la grana. Se alisa la barba nervioso: no resiste. Permaneciendo vuelto, se dobla ligeramente y comienza a meterle el brazo por debajo de la falda. Cuando ha alcanzado ya las zonas altas, Ottillie levanta la mano tentadora, se echa hacia atrás y, bloqueándole el brazo en esa escandalosa postura, comienza a gritar, mientras con la otra mano lo abofetea hasta decir basta.

—Bastardo, gusarapo, gusarapo asqueroso. ¡Que Dios te maldiga!

Es la señal. En torno a Ottillie prende la refriega, mientras desde las cuatro esquinas de la plaza comienzan a avanzar, compactos, nuestros hermanos. Derriban las mercancías, agreden a los vendedores, pisotean a los cervecedores.

—Las manos debajo de las faldas, ¿esto es lo que saben hacer los señores de Mühlhausen?

El primero en llegar hasta nosotros es un campesino, que se ha abierto paso como un ariete, cogiendo a los burgueses que se le ponían a tiro de la pechera y partiéndoles la cara a cabezazos. Inmediatamente después llega uno de los mineros, con una brazada de arcabuces, garrotes y cuchillos robados a un armero.

—Esto es para vosotros —dice—. ¡Y hay bastantes más!

—Maldito cervecero —continúa gritando Ottilie—. Lo reconozco: ¡es uno del Consejo!

Grito a voz en cuello:

—¡Nos han vendido a los vendedores de cerveza!

Las voces se multiplican y aumentan de volumen:

—¡Consejeros bastardos, vendidos, fuera de Mühlhausen!

Muchos de los que gritan ni siquiera han asistido a la puesta en escena y creen que se trata de un motín para suplantar al Consejo. Y no les falta razón.

Todo ocurre con la máxima rapidez. La marea humana, como atraída por un misterioso imán, comienza a invadir la Kilansgasse, que lleva de la plaza del mercado hasta el Ayuntamiento. Algunos arroyuelos se dispersan aquí y allá: almas piadosas necesitadas de hacer una visita a las iglesias.

De golpe miro a mi alrededor y descubro que me he quedado solo; Elias, Heinrich y Ottilie han desaparecido. A mi lado un campesino manda al suelo a su adversario, hasta demasiado bien vestido, con un codazo en la mandíbula y un puñetazo bajo las costillas.

—¡Sí, hermano, machaquemos a los impíos como si de perros se tratara! —le grito exaltado.

La guardia procura por todos los medios no dejarse ver. La ciudad es nuestra.

Suena la primera campanada del toque de queda. Encuentro a los demás en el Pozo del Arcángel, donde nos hemos dado cita por si nos perdíamos de vista. Hay otros dos que no me parece conocer.

Pfeiffer hace los honores de casa:

—¡Oh, aquí tenemos a nuestro estudiante rebelde! Estos son Briegel y Hülm, dos de los ocho representantes del pueblo de Mühlhausen.

—¡Y estas —me dice uno de ellos dos, agitando lo que parece una gran sonaja— son las llaves de nuestra ciudad!

—... Es decir —completa el otro—, el derecho a decidir quién debe quedarse fuera y quién puede entrar.

—Lo hemos conseguido. Thomas podrá volver —anuncia Ottilie con una sonrisa.

—En cuanto a vosotros —prosigue dirigiéndose a Briegel y a Hülm—, la libre ciudad imperial de Mühlhausen os da la bienvenida.

CAPÍTULO 23
Mühlhausen, 15 de febrero de 1525

Artículo décimo: Sufrimos gravámenes por el hecho de que algunos están apropiándose de pastos y campos, que pertenecían en el pasado a la comunidad. Nosotros volvemos a quitárselos, poniéndolos de nuevo en manos de la comunidad, a menos que no hayan sido legítimamente adquiridos [...]

Artículo undécimo: Es voluntad nuestra abolir de forma definitiva la usanza llamada velatorio.

Artículo duodécimo: Es decisión nuestra, de la que estamos plenamente convencidos, que, si uno o más artículos de los enumerados no fueran conformes a la palabra de Dios, entonces opinamos que no deben seguir vigentes [...] Es nuestro deseo rezar a Dios, porque solo Él, y nadie más que Él, puede concedernos todo esto. La paz de Cristo sea con todos nosotros.

La noticia de su llegada corre de boca en boca, calle principal arriba. Dos alas de gente se hacinan para poder saludar al hombre que ha desafiado a los príncipes, gente del común y campesinos que han acudido de las pequeñas ciudades limítrofes. Casi lloro de la emoción. Magister, he de contártelo todo, cómo hemos luchado y cómo hemos conseguido estar aquí, hoy, recibirte, sin que haya un solo esbirro por los alrededores. Están muertos de miedo, cagaditos están, pues si aparecen corren un gran riesgo. Estamos aquí, Magister, y contigo podemos poner esta ciudad patas arriba y hacer salir de su escondrijo al Consejo. Otilie está a mi lado, los ojos relucientes, un lindo vestido, de un blanco que la hace destacar en medio de la masa de toscos burgueses. ¡Aquí está! Asoma por la esquina sobre un caballo negro, con Pfeiffer a su lado, que ha ido a su encuentro por la calle. Dos brazos de acero me estrechan por detrás y me levantan a media altura.

—¡Elias!

—¡Amigo, ahora que está él, los del Consejo se ciscarán de miedo, ya verás!

Una risotada descompuesta, tampoco el rudo minero del Erz consigue contener el entusiasmo.

Magister Thomas se acerca, mientras la multitud se cierra tras él y lo sigue. Advierte la señal de saludo de su mujer y se baja del caballo. Un fuerte abrazo y una palabra susurrada que me es imposible captar. Luego se dirige a mí:

—Salud, amigo mío, me alegra encontrarte sano y salvo en un día como este.

—No hubiera faltado ni aunque hubiera perdido las piernas, Magister. El Señor ha estado con nosotros.

—Y con ellos... —Un gesto indicando a la multitud.

Pfeiffer sonríe:

—Vamos, ahora debes hablar en la iglesia, ellos quieren oír tus palabras.

Un gesto:

—Muévete, no querrás quedarte atrás.

Tiende la mano a Otilie y la ayuda a subir a su caballo.

Corro hacia el portal de Nuestra Señora.

La nave está a rebosar, la gente se aglomera hasta en la explanada de delante de la iglesia. Desde el púlpito, el Magister recorre con la mirada aquel mar de ojos, y extrae de él la fuerza de su palabra. Se hace rápidamente el silencio.

—Que la bendición de Dios descienda sobre vosotros, hermanos y hermanas, y os conceda escuchar estas palabras con corazón firme y abierto.

Ni una respiración.

—Que el rechinar de dientes que se alza hoy de los palacios y de los conventos contra vosotros, los insultos y las blasfemias que los nobles y los monjes lanzan contra esta ciudad, no agiten vuestros ánimos. ¡Yo, Thomas Müntzer, saludo en vosotros, en esta muchedumbre aquí reunida, a la gloriosa, por fin despierta, Mühlhausen!

Se alza una ovación, el saludo agradecido del pueblo.

—Escuchad. Ahora oís a vuestro alrededor el vocear confuso, iracundo, rabioso, de quienes desde siempre nos oprimen: los príncipes, los abates cebones, los obispos, los notables de las ciudades. ¿No oís su ladrar, allí fuera, bajo las murallas? Pues es el ladrar de los perros a los que han arrancado los colmillos, hermanos y hermanas. Sí, los perros con las hordas de sus soldados, de sus exactores, nos han enseñado que existe el miedo, nos han enseñado siempre a obedecer, a agachar la cerviz en presencia suya, a tener que mostrarnos obsequiosos como esclavos ante los amos. Ellos, que nos han obsequiado con la incertidumbre, el hambre, los impuestos, las cargas... Ellos, hoy, hermanos míos, lloran de rabia porque el pueblo de Mühlhausen se ha alzado en pie. Cuando uno solo de vosotros se negaba a pagarles los tributos, o a devolverles lo que se les debía, podían hacerlo azotar por sus mercenarios, podían mandarlo a prisión y darle muerte. Pero vosotros hoy, aquí, sois millares. Y ya no podrán azotaros, porque ahora sois vosotros quienes tenéis el látigo en vuestras manos, no podrán mandaros ya a prisión, porque sois vosotros quienes habéis tomado las prisiones y habéis arrancado las puertas, no podrán ya mataros ni

arrebatat al Señor la devoción de Su pueblo, porque Su pueblo está en pie y vuelve la mirada hacia el Reino. Nadie podrá deciros ya haz esto, haz lo otro, porque desde el día de hoy viviréis en hermandad y comunión, según el orden grato al Señor, y ya no habrá quien trabaje la tierra ni quien disfrute de su fruto, pues todos trabajarán la tierra y gozarán de sus frutos en comunidad, como si fueran hermanos. ¡Y el Señor será honrado, puesto que no habrá más amos!

Otro retumbo de entusiasmo se deja oír en la caja de resonancia del ábside y diríase el grito de diez mil.

—Mühlhausen es piedra de escándalo para los impíos de la tierra, es la premonición de la ira de Dios que está a punto de arrollarlos y es por esto por lo que tiemblan como perros. Pero esta ciudad no está sola. Por el camino que he recorrido para llegar aquí desde Basilea, por todas partes, en cada ciudad, desde la Selva Negra hasta Turingia, he visto alzarse a campesinos armados con su fe. Detrás de vosotros está formándose el ejército de los humildes que quieren romper las cadenas de la esclavitud. Ellos tienen necesidad de una señal. Vosotros debéis ser los primeros. Hacer lo que otros muchos, en otras partes, por temor se demoran en hacer todavía. Pero tened el pleno convencimiento de que vuestro ejemplo será seguido por otras ciudades, vecinas y tan lejanas que ignoramos hasta su nombre. Vosotros debéis abrir el camino del Señor. Nunca nadie podrá quitarnos el orgullo de esta empresa. ¡Yo saludo en vosotros a la libre Mühlhausen, la ciudad en que Dios ha posado Su mirada y Su bendición, la ciudad de la revancha de los humildes contra los impíos de la tierra! ¡La esperanza del mundo comienza a partir de aquí, hermanos, comienza a partir de vosotros!

Las últimas palabras se ven ahogadas por el estruendo, Magister Thomas debe gritar a voz en cuello. También yo salto en medio de aquel júbilo: no nos echarán jamás de ninguna ciudad.

CAPÍTULO 24
Mühlhausen, 10 de marzo de 1525

La reunión es en casa del pañero Briegel. Pfeiffer y el Magister deberán discutir con los representantes del pueblo qué reivindicaciones presentar en el Consejo municipal. He sido invitado también yo, mientras que Otilie irá a hablarles a las mujeres de la ciudad. Briegel es un pequeño comerciante así como también Hülm, un fabricante de alfarería e imaginero. El portavoz de los campesinos es el pequeño y peludo Peter, de cara rugosa y ojos negros, hombros desmesuradamente anchos, torneados por el trabajo del campo.

Una casa humilde, pero sólida y limpia, completamente distinta de las casuchas que hemos visto en Grünbach.

Briegel es el primero en hablar y lleva la voz cantante.

—Así pues, así están las cosas. Podemos dejar en minoría a los representantes de los gremios. Nosotros propondremos la ampliación del voto también a los ciudadanos que no formen parte de los oficios, con tal que vivan dentro de la ciudad o en los barrios que están tocando a las murallas. Aunque alguno de esos gordinflones no deje de armar un poco de ruido, saben muy bien que el pueblo está totalmente de nuestro lado y creo que con tal de evitar la revuelta aceptarán el nuevo ordenamiento.

Cede la palabra a Hülm:

—Sí. También yo creo que es posible imponer nuestro programa, pues sin duda no querrán poner en peligro sus patrimonios. En el fondo, únicamente pedimos que la ciudadanía pueda decidir por sí misma, sin tener que seguir bajo sus reglas.

Se produce un momento de silencio, una rápida mirada entre Pfeiffer y el Magister. Debajo de la mesa, un perrazo gris se acurruca contra mis botas: le acaricio una oreja mientras Pfeiffer toma la palabra.

—Amigos, permitidme que os pregunte por qué hemos de pactar con un enemigo al que hemos derrotado. Tal como habéis dicho, la población está de nuestro lado, la ciudad puede ser defendida sin necesidad de los esbirros municipales, podemos hacerlo nosotros mismos, sin ningún problema. ¿Qué interés podemos tener nosotros en mantener en el Consejo a unos grandes mercaderes?

Espera a que las palabras hayan alcanzado su objetivo y prosigue:

—Thomas Müntzer tiene una propuesta que yo siento la necesidad de apoyar de todo corazón. Echemos a los gremios y a los cerveceros y creemos nosotros un nuevo Consejo.

El Magister interviene con vehemencia:

—Un Consejo permanente, elegido por toda la ciudadanía sin distinción alguna. Que cada representante y magistrado público pueda ser destituido en cualquier momento si los electores consideran que no están debidamente representados y administrados por él. Luego el pueblo podría organizarse en juntas periódicas para juzgar en conjunto la labor del Consejo.

Hülm, perplejo, se alisa la barba con nerviosismo:

—Es una idea atrevida, pero puede que tengáis razón. ¿Y cómo proponéis que se organice la contribución?

Es Pfeiffer quien le responde:

—Que cada uno aporte a las arcas municipales de acuerdo con lo que posee. Todos deben tener la posibilidad de que su familia no pase hambre. Por eso una parte de los tributos estará destinada a la ayuda de los pobres y de los que nada tienen, una especie de caja de socorro mutuo para la compra del pan, de la leche para los niños y todo lo necesario.

Silencio. Luego un sordo ruido desde lo profundo del tórax de Peter, el campesino sacude la cabeza.

—Todo eso está muy bien para la ciudad —las palabras en una boca sin dientes salen con dificultad—, pero ¿qué cambia eso para nosotros?

Briegel:

—¡No pretenderéis que Mühlhausen se haga cargo de todos los caseríos de la región, espero!

El perro se ha cansado de mí y se va más allá, una patada del dueño de la casa le hacer alejarse desganado. Se acurruca en un rincón y se pone a roer un hueso polvoriento.

Peter vuelve a empezar:

—Los campesinos luchan. Los campesinos deben saber por qué lo hacen. Nosotros queremos que esta ciudad, así como todas las demás que decidan prestarnos su apoyo, defiendan nuestras peticiones a los señores.

No está mirando a Hülm ni a Briegel, sino a Pfeiffer, directamente a los ojos.

—Lo que nosotros queremos es que los doce artículos sean aprobados por todos.

Me río para mis adentros, pensando que fui yo quien tuvo que leerse los, precisamente ayer, cuando el texto llegó a la ciudad recién salido de la imprenta.

Pfeiffer:

—Me parece una propuesta razonable. —Mira a Hülm y a Briegel, callados—. Amigos, la ciudad y el campo no son nada la una sin el

otro. El frente debe permanecer unido, nuestros intereses son comunes: ¡una vez aplastados los grandes mercaderes, serán los príncipes quienes la paguen!

Su incitación permanece un momento en suspenso sobre la mesa.

—Sea, pues —suelta Hülm—. Que los doce artículos sean aprobados por la ciudad e incluidos en nuestro programa. Pero antes de nada resolvamos los problemas que tenemos aquí, pues de lo contrario todo se irá a la mierda.

CAPÍTULO 25
Eltersdorf, finales de enero de 1527

Esta noche he soñado con Elias.

Iba caminando de noche con los pies desnudos por un tortuoso sendero, él estaba a mi lado. De pronto, delante de nosotros se alzaba una pared de roca blanca con una estrecha grieta encima de nuestras cabezas. Elias me levantaba en peso y yo conseguía introducir la cabeza en el agujero. Me pasaba la antorcha para que pudiera ver mejor: una especie de largo túnel húmedo. Una vez en su interior comprendía que él no iba a poder alcanzarme jamás, la pared no tenía ningún agarradero. Entonces me volvía atrás, pero él había ya desaparecido. Antorcha en mano, con gran esfuerzo, comenzaba a arrastrarme por aquel angosto pasadizo.

Me he despertado y he esperado a que el gallo de Vogel señalara el inicio de otro día de sudores y fatigas. El fantasma de Elias no me ha abandonado hasta la noche. Aquella inmensa fuerza, aquella voz, está conmigo todavía.

El día 16 de marzo la ciudadanía fue reunida en la iglesia de Nuestra Señora para elegir al nuevo Consejo. Desde ese momento la ciudad fue nuestra.

La tarea que me fue encomendada, juntamente con Elias, fue la de organizar la milicia ciudadana. En caso de un ataque, los príncipes no nos encontrarían sin la menor preparación. Elias enseñaba a la gente del pueblo llano cómo alinearse en falange, apuntar las picas, hacer frente a un hombre cuerpo a cuerpo. Con la ayuda del Magister los dividió en unidades de unos veinte hombres, y a cada uno de ellos le asignó la defensa de una parte de las murallas en caso de ataque. Cualquiera que tuviese la menor experiencia militar fue elegido por la propia milicia como capitán. Yo me convertí en el responsable de las comunicaciones entre las unidades y elegí a algunos muchachos despiertos y de confianza que pudieran hacer las veces de mensajeros. Fue puesta en mi mano una daga corta y por la noche podía ejercitarme en usarla con el invencible Elias.

Luego en abril se alzaron los ciudadanos de Salza. La propuesta de ir en su ayuda fue sometida a votación y aprobada unánimemente. Reunimos cuatrocientos hombres, convencidos de que sería la ocasión idónea para poner a prueba todos aquellos meses de adies-

tramiento. El Magister y Pfeiffer hablaron largo y tendido con los cabecillas de los alzados, pero estos parecían más preocupados por arrancar alguna mínima concesión a los señores que por saber qué estaba pasando a su alrededor. Nos regalaron dos toneladas de cerveza por haber ido hasta allí y este fue su único gesto de agradecimiento.

Aquella noche, mientras acampábamos a la luz de la luna, oí al Magister discutir largamente con Pfeiffer acerca de los riesgos de una acción no concertada entre las ciudades. Únicamente el gran cansancio puso fin a su animoso vocear.

De regreso fuimos alcanzados por un mensajero que venía de Mühlhausen; lo mandaba Ottilie. Hans Hut había llegado a la ciudad con noticias y cartas sumamente importantes. El Magister leyó algunas de ellas a la tropa: la revuelta se extendía ahora ya por toda Turingia entre Erfurt y el Harz, entre Naunburg y Hesse. Otras ciudades estaban siguiendo el ejemplo de Mühlhausen: Sangerhausen, Frankenhause, Sonderhausen, Nebra, Stolberg... y también, en la región minera de Mansfeld: Allstedt, Nordhausen, Halle. Luego la misma Salza, Eisenach y Bibra, los campesinos de la Selva Negra.

Aquellas noticias exaltaron nuestros corazones, ya no nos detendríamos, había llegado la hora. Mientras volvíamos a Mühlhausen saqueamos un castillo y un convento. No hubo muertos, los propietarios se entregaron a nosotros sin oponer resistencia, tratando de despertar nuestra piedad a fin de que perdonásemos sus bienes y a sus concubinas. En lo que respecta a las mujeres, no pusimos la mano encima a ninguna de ellas. Del oro, de la plata y de las vituallas, no dejamos ni rastro. Mühlhausen nos recibió como triunfadores y los dos gigantescos barriles de cerveza fueron rápidamente vaciados por la sed de nuestros conciudadanos.

La fiesta duró toda una noche, con cantos y bailes, en nuestro centro del mundo, en el lugar de ensueño que fue, en aquel final de primavera, la libre y gloriosa Mühlhausen. Era como si todas las fuerzas de la vida se hubieran concitado en el interior de aquellas murallas, para homenajear la fe de los elegidos. Nadie habría podido arrebatarlos aquel momento. Ni un ejército, ni un cañonazo.

Antes del amanecer me encontré a Elias sentado en una silla, ocupado en reanimar los moribundos resplandores de un fuego. La luz de las brasas dibujaba extrañas formas sobre aquella cara oscura, en la que parecía haberse posado una sombra de cansancio o de angustia. Como si algo inaudito cruzase por la preocupada mente de Sansón.

Cuando estuve cerca de él se volvió:

—Una gran fiesta, ¿eh?

—La mejor que haya visto en mi vida. Hermano, ¿qué pasa?

Sin mirarme, con la rara sinceridad de ciertos momentos, dijo:
-Creo que... que no sé si vamos a poder sostener una verdadera batalla.

-Han recibido un buen adiestramiento. Y de todas formas no tardaremos en saberlo, creo.

-Por supuesto, así es. Tú no has visto a los soldados de los príncipes, la gente a la que los señores confían la defensa de sus arcas...

La mirada perdida entre los reflejos del fuego.

-Porque... ¿tú sí?

-¿Dónde crees que he aprendido a combatir?

Le bastó con una ojeada para leer en mi cara la pregunta.

-Sí, he hecho de mercenario. Igual que he hecho otros muchos oficios de mierda en mi vida. He trabajado de minero y no creas que es mucho mejor porque no se mate a nadie. Pero sí, se mata: se mata uno mismo, bajo tierra, cada vez más ciegos como topos y con el miedo de quedarse allí aplastados, de quedarse allí debajo para siempre. He hecho cosas inmundas y espero que Dios Nuestro Señor en su misericordia infinita se apiade de mí. Pero ahora pienso en ellos, en esos desdichados a los que mandaremos a la batalla contra verdaderos ejércitos.

Una mano sobre un hombro:

-El Señor nos asistirá, ha estado con nosotros hasta ahora. No nos abandonará, Elias, ya lo verás.

-Rezo cada día para que así sea, muchacho, cada día...

A micer Thomas Müntzer, hermano en la fe, pastor en Nuestra Señora de Mühlhausen.

Mi buen amigo:

Gracias a ti por la carta que recibí justo ayer y gracias a Dios Nuestro Señor por las noticias que nos anunciaba. Esperemos que Él haya finalmente encontrado en Thomas Müntzer de Quedlinburg al timonel de la nave que expulsará al Leviatán a su abismo.

Desde que nos separamos, no puede decirse que mis asuntos privados estén en sintonía con la grandiosidad de los acontecimientos que se preparan para los afligidos de Alemania; quizá el señor desee hacerme entrar en este último grupo con el fin de que sea partícipe de pleno derecho de la gloria futura. Mi familia se ha quedado en Nuremberg y es víctima de continuas vejaciones y atropellos. Precisamente ahora que no me tienen al alcance de su mano y que me han alejado de la ciudad, tratan por todos los medios de provocarme, para hacerme callar sin provocar sublevaciones. Afortunadamente nuestras hermanas de Nuremberg están cerca de mi mujer y la ayudan en este momento de prueba. Por mi parte, visito las posadas únicamen-

te para dormir y las abandono antes de que despunte el sol. De todos modos, no tardaré en contentarme con la vera del camino: el dinero está acabándose.

Por tales motivos te comunico mi propósito de reunirme contigo en Mühlhausen: estoy ansioso por aportar mi contribución a la empresa de los elegidos y necesito descansar un poco. Además, en la ciudad, no deberán faltarme oportunidades de ganar algo con mis clases. Mira qué puedes hacer tú, entre las mil preocupaciones de la hora presente.

Que la Luz del Señor ilumine tu camino.

Con mi mayor agradecimiento,

Johannes Denck

De Tubinga, el día 25 de marzo de 1525

Hut nos traía las noticias del sur. Importantes, vitales. Hurgo dentro de la alforja del Magister buscando esa maravillosa carta, las palabras de un hombre cuyas gestas han encontrado lugar en los romances juglarescos y han llegado hasta nosotros.

A la libre ciudad de Mühlhausen, al Consejo permanente y a su predicador Thomas Müntzer, el eco de cuyas palabras infunde esperanza a todo el valle del Tauber.

El momento se acerca. Las filas iluminadas han emprendido la guerra para afirmar la justicia de Dios. Los campesinos han marchado al son de los tambores por las calles de la ciudad imperial de Rothenburg y, a pesar de las deliberaciones del Consejo municipal, nadie ha levantado contra ellos el garrote. A la luz de los hechos, los ciudadanos temen la violencia del condado y las consecuencias que entrañaría ser enemigo suyo.

Vengo, así pues, queridos hermanos, a exponer las peticiones de reforma que las filas iluminadas proponen en la punta de sus lanzas.

Ante todo, ellas exponen a los ciudadanos que la alianza y el acuerdo consisten en predicar la palabra de Dios, el Sagrado Evangelio, de manera libre, clara y sencilla, y sin añadido alguno de mano humana. Pero mucho más importante, puesto que la gente común ha estado hasta ahora y desde hace mucho tiempo oprimida y sometida por la autoridad a pesadas cargas insoportables, es que las pobres gentes se vean aligeradas de dichos gravámenes y puedan procurarse su pedazo de pan sin verse obligadas a mendigar. Y que no se vean vejadas por ninguna autoridad, que no tengan que pagar el censo, ni el canon, las rentas, el laudemio, el velatorio, los diezmos, mientras no se llegue a una reforma general basada en el Santo Evangelio, la cual establezca lo que es injusto y debe ser abolido y lo que es justo y debe permanecer.

Permítaseme hablar abiertamente a aquellos que han despertado la esperanza y el corazón de las pobres gentes. Los acontecimientos que se suceden en estas tierras bañadas por el río Tauber, nos indican los dos preceptos que seguir a fin de que la causa de Dios no sea una causa perdida y todo cuanto ha sido hecho hasta ahora no se desvanezca.

En primer lugar es necesario que las filas se vayan engrosando día tras día, que igual que olas del mar tempestuoso continúen creciendo hasta que lleguen los recursos y el número suficiente para no temer la espada de los príncipes.

No menos importante es conseguir que las distintas demandas que separan a la ciudad del campo encuentren al término de su camino el mismo adversario: los intolerables privilegios de la gran nobleza y del dero corrupto. No podemos permitir que dichas diferencias nos sitúen en frentes opuestos, para ventaja del enemigo común. Además, así como responde a la verdad que las ciudades como esta no pueden mantenerse sin la percepción de tributos, resulta indispensable encontrar acuerdos a este respecto entre los consejos, las juntas y las comunidades campesinas acerca de lo que convendría emprender para el sostenimiento de las ciudades. No se quiere, en realidad, abolir totalmente todos los gravámenes, sino más bien llegar a un justo acuerdo, tras haber oído el parecer de personas doctas, temerosas y amantes de Dios que se manifiesten sobre el particular. A dicho fin los bienes eclesiásticos, sin exclusión de ninguna clase, serán tomados en custodia a fin de utilizarlos tal como conviene en provecho de la comunidad campesina y de las filas iluminadas. Serán nombradas personas que administren tales bienes, los conserven y permitan que a las pobres gentes les sea distribuida una parte de los mismos. Aparte de todo lo que se emprenda, ordene y decida por el bien y por la paz, deberá serlo tanto para el habitante de la ciudad como para el del campo y por ambos ser respetado, a fin de que todos permanezcan unidos, contras las falanges de la Iniquidad.

Con el deseo de que estas palabras despierten dentro de vosotros luminosas visiones, en la esperanza de encontrarnos pronto en el día del triunfo del Señor, recibid el saludo fraterno de quien combate bajo vuestro mismo estandarte y la invocación de la gracia de Dios,

el comandante de las filas campesinas de Franconia,

Florian Geyer

De Rothenburg del Tauber, en el cuarto día de abril de 1525

Geyer, la leyenda de la Selva Negra. La Schwarztruppe, formada por él hombre a hombre, había sembrado el pánico entre las filas de la Liga de Suabia: imprevisibles, audaces y fulminantes, se habían convertido en muy breve tiempo en el ejemplo para las filas campesinas.

Florian Geyer. Noble de bajo rango, miembro de la pequeña nobleza rural alemana, desde el año 21 había entrado en conflicto con el excesivo poder de los príncipes, había abandonado su propio castillo, dedicándose al banditaje y a las incursiones dentro y fuera de la Selva Negra, que conocía como la palma de la mano. Dotado de una sorprendente intuición y un coraje incomparables, ya antes de abrazar la causa de los humildes, elegía a sus hombres para su cuadrilla de bandidos de uno en uno: nada de borrachos ni de inútiles matachines, nada de violadores de mierda, solo gente decidida, despierta e interesada en el botín por necesidad o por la ambición de empresas que merecieran su aprobación.

Recuerdo, en los días de la euforia de Mühlhausen, las ganas que tenía yo de reunirme con él, de poder ver de cerca al hombre cuyo solo nombre aterrorizaba a la gran nobleza de Franconia.

Asaltó decenas de castillos y conventos, confiscaba bienes, armas y víveres, y los repartía entre los campesinos y entre la gente pobre. Aparecía de improviso en las aldeas, esparciendo al viento de su alforja de tela roja las cenizas del último castillo incendiado. La cuadrilla de caballeros creció en pocos meses en desmesura hasta contar con muchos cientos de reclutas, perfectamente armados, adiestrados y leales.

No era raro que por la noche, alrededor del fuego, los campesinos entonaran romanzas sobre sus gestas. Con nada más que un hacha y un cuchillo cazaba ciervos y jabalíes; en Rothenburg, en el centro de la plaza, decapitó de un mandoble la estatua del emperador.

Fue apresado en Schwäbisch Hall, tras haber sido perseguido y rastreada su pista durante tres días, y tras prender fuego a tres hectáreas de bosque donde lo habían visto desaparecer. Escondieron a toda prisa su cadáver, pero son muchos los que no están en absoluto convencidos de que esté muerto y juran que se salvó arrojándose a las aguas de un río subterráneo. En todas las aldeas de la Selva Negra no falta quien afirme haberlo visto cabalgando a la hora del crepúsculo por el corazón de la selva, blandiendo la espada, dispuesto a volver para hacer justicia a los humildes.

A micer Thomas Müntzer, maestro de todos los justos en la recta fe, predicador ilustrísimo en la iglesia de Nuestra Señora en Mühlhausen.

Maestro nuestro:

Las noticias que me llegan respecto a Vos y a vuestras tropas de elegidos, me hacen tener ya la certeza de que la mano del Señor está sobre vuestro caudillo, tras las mil dificultades y la dura humillación de Weimar, de la que me arrepiento de no haberos dado oportuna noticia. Precisamente el Dios

que ve con malos ojos a los poderosos «ha ensalzado a los humildes» y se prepara para despedir a «los ricos con las manos vacías, socorriendo a Israel, su siervo, tal como prometiera».

No hay que perder tiempo: los príncipes están desorientados, puesto que el área afectada por la revuelta es demasiado vasta, y el fuego de la fe incendia cada día los corazones y el territorio de Alemania. Aunque el redutamiento prosigue incesante, no son pocos los impedimentos que encuentran a la hora de poner en marcha una repentina maniobra.

De todos ellos, el joven Felipe, landgrave de Hesse, es el más diligente, pero sus tropas no son compactas, se desplazan lentamente y encuentran continuas dificultades, debido a un sucederse de emboscadas y asaltos por parte de los campesinos de cada región. No todos los gobernantes, además, se dan cuenta de que la cosa afecta a cada uno de ellos, que se verán abatidos uno tras otro, y así quien cree poder controlar la situación en su propia casa, concediendo algún beneficio y haciendo promesas, no hace la menor alusión a querer aventurarse a una batalla. El doctor Lutero, por consejo de micer Spalantino, estuvo en la región de Mansfeld para aplacar la ira de los campesinos, pero se vio incapaz de detener la revuelta, sin sacar nada más que algunas pedradas e insultos. El Hércules Germanicus está acabado.

Es ya hora, Maestro: dejad respirar a los príncipes y devastarán nuestros campos, a costa de perder la cosecha del año, hasta que la última espiga de trigo sea ceniza y la cabeza del último campesino haya rodado. Llamad a reunión, así pues, a los elegidos, a fin de que no se dispersen. Al sur de Mühlhausen el Dios de los ejércitos ha ganado ya muchas batallas, mientras que al nordeste la situación es más incierta. Si partís en formación cerrada en esa dirección, a los príncipes no les dará tiempo de reflexionar; deberán intentar pararos a toda costa, y el Señor, merced a vuestras espadas, hará justicia de una vez por todas.

No temáis el enfrentamiento abierto: es precisamente en él donde el Dios de los elegidos os demostrará que está de vuestro lado. No os demoreís: el Omnipotente quiere triunfar gracias a vosotros.

Sed firmes, pues, y que el Señor os ilumine; el reino de Dios en la tierra está próximo.

Qoèlet

El día primero de mayo de 1525

Primer día de mayo. Las tropas de Felipe de Hessen estaban ya en las puertas de Fulda, al completo, listas para tomarla. Se movieron rápidas. No encontramos un ejército en dificultades.

Qoèlet. La tercera misiva de un informador pródigo en detalles reservados a unos pocos, como en lo que se refiere a lo sucedido en Weimar.

Misivas importantes, que se habían ganado la confianza del Magister. En mi cabeza resuena aquella discusión decisiva, Magister Thomas esgrimiendo la carta... esta carta.

CAPÍTULO 26
Mühlhausen, 9 de mayo de 1525

—Entonces, Heinrich, ¿con cuántos crees que podemos contar? El tono del Magister es apremiante.

Pfeiffer sacude la cabeza:

—Hülm y Briegel no están. No están dispuestos a perder un solo barril de pólvora por los de Frankenhause. La gente de aquí no vendrá.

Del reloj del Ayuntamiento llega el eco de los tres martillazos del autómeta Hans contra la campana de la torre.

—Pero ¿de quién tienen miedo? ¿Es que el Señor no ha dado señales bastantes? Yo tengo por lo menos cincuenta cartas que lo atestiguan claramente: las filas de los elegidos agrupan a veinte mil hombres.

Magister Thomas hurga dentro de la alforja de cuero y extrae una carta, que blande como una enseña:

—Si no quieren escuchar la voz del Señor, no van a poder titubear ante los hechos. Un hermano que vive en estricto contacto con el conciliábulo wittenberguiano me escribió hace unos pocos días confirmándome que los príncipes están hundidos en la mierda: el pueblo los odia, sus tropas están cansadas y desorganizadas. Es el momento de enfrentarse a ellos, dirigiéndose hacia el corazón de Sajonia, adonde no pueden permitir que lleguemos. Deja que sea yo quien le hable a la ciudadanía.

—No servirá de nada. Aun dejando aparte a los burgomaestres, la gente de aquí ha obtenido más de lo que nunca hubiera podido esperarse. No pondrán en peligro las propias conquistas en una batalla campal contra los príncipes.

—¿Quieres decir que Mühlhausen, la ciudad que ha sido el ejemplo para todas las demás ciudades de Turingia, en el choque decisivo para la liberación de las tierras que hay entre los Alpes bávaros y Sajonia, se quedará viéndolas venir?

Pfeiffer, cada vez más desanimado:

—¿Crees que las otras ciudades apoyarán esta locura? Eso no sucederá, te lo digo yo. Aun en el caso de que Mühlhausen ofreciera todos sus cañones, la situación no por ello iba a cambiar. Las ciudades han conquistado la autonomía e impuesto los doce artículos: no habrá nadie que considere útil arriesgarlo todo en un único choque frontal. ¿Y si fuéramos derrotados? Atiende. El camino que hemos

seguido hasta ahora ha dado los mejores resultados: la rebelión del campo ha encontrado en la ciudad la ganzúa para obtener las reformas. Y así debe seguir siendo, ya que no tiene sentido ponerlo todo en peligro.

—¡Desbarra! ¡Son las ciudades las que se han beneficiado de la revuelta campesina para arrebatar los municipios de las manos de los señores! ¡Ahora tienen que acudir al lado de la filas iluminadas para acabar para siempre con la malvada tiranía de los príncipes!

—Eso no sucederá.

—Pues entonces serán arrolladas por su miserable egoísmo, el día del triunfo del Señor.

Por un momento se hace la calma. Denck, mudo como yo hasta ahora, vuelve a llenar los vasos de vino sustraído en gran parte a un convento de dominicos y descorchado para la ocasión:

—Vamos a necesitar no menos de mil hombres y diez cañones.

El Magister no mira siquiera el vaso:

—¿Qué cañones? Será la espada de Gedeón la que siegue los ejércitos.

Sale, no se digna mirar a nadie. Tras un segundo Denck lanza una ojeada a Pfeiffer, luego a mí, y lo sigue.

Heinrich Pfeiffer me habla en un tono grave:

—Por lo menos tú debes conseguir hacerlo razonar. Es una locura.

—Locura o no, ¿crees que es prudente librar a los campesinos a su suerte? Si las ciudades no toman parte en el combate, a los ojos de los campesinos parecerá una traición. ¿Y cómo engañarlos? Será el fin de la alianza que con tanto esfuerzo hemos establecido. Si somos derrotados, Heinrich, los próximos seréis vosotros.

Una honda respiración, la tristeza embarga su corazón:

—¿Has visto cargar alguna vez a un ejército?

—No. Pero he visto a Thomas Müntzer hacer alzarse a los humildes con la sola fuerza de sus palabras. No voy a dejarlo ahora.

—Sálvate. No vayas.

—La salvación, amigo mío, es alzarse y combatir al lado del Señor, no quedarse mirando.

Silencio. Nos damos un fuerte abrazo, por última vez. Los destinos han sido elegidos.

CAPÍTULO 27
Mühlhausen, 10 de mayo de 1525

La noticia de la marcha de Thomas Müntzer hacia Frankenhausen ha corrido por toda la ciudad en menos de media jornada. Por la mañana, recién despiertos tras una agitada noche, al asomarnos a la ventana encontramos la plaza de Nuestra Señora más bien llena ya de gente. De querer hacernos ilusiones, podríamos sacar la conclusión de que la buena conciencia de los habitantes de Mühlhausen ha terminado por imponerse al interés. Pero ahora conocemos ya cómo funcionan estas cosas: los discursos de Magister Thomas, los apruebes o no, son algo a lo que es difícil renunciar, en parte también por el hecho de que constituyen, durante muchos días, uno de los temas fundamentales de discusión en plazas y tiendas. Y está claro para todo el mundo, para cualquiera que lo conozca aunque no sea más que por su fama, que Thomas Müntzer no dejará la ciudad imperial sin dirigir un último, rabioso saludo a sus vecinos.

—¡Magister —grito para que me oiga en la estancia contigua—, están ya abajo!

Viene a donde yo me hallo y se asoma ligeramente al balcón, saludado por una ovación de la multitud.

—Dejemos que la plaza se llene, para que el Señor pueda elegir a su ejército.

Es su único comentario. Un ruido de excitación sube de la plaza de la iglesia. Cuatro golpes decididos en la puerta. Luego otros dos.

—¡Magister, Magister, abrid!

—¿Quiénes sois? —pregunto yo más bien sorprendido por el timbre agudo de las voces.

—Jacob y Matthias Ziegler, hijos de Georg. Tenemos que hablar con vosotros.

Abro con una sonrisa a los dos hijos del sastre Ziegler, nuestros fieles seguidores a pesar de la oposición de su padre, que hace un tiempo amenazó incluso al Magister y tuvo que desistir de sus intenciones beligerantes a sugerencia de Elias.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto yo asombrado—. ¿No deberíais estar con vuestros padres en la tienda?

—No —responde Jacob, que es el mayor y tiene quince años—, a partir de hoy ya no.

—Nos vamos con vosotros —continúa entusiasmado el hermano, dos años más joven.

—Eh, despacito —replico—. ¿Que venís con nosotros, decís? ¿Acaso tenéis idea de lo que eso significa?

—¡Sí, los elegidos derrotarán a los príncipes! El Señor estará de nuestra parte.

El Magister sonríe:

—¿Lo ves? Todo va haciéndose realidad: Cristo pone al hijo contra el padre, y nos invita a volvernos como niños.

—Magister, no pueden luchar con nosotros.

No me dejan hablar:

—Lo hemos decidido así y no estamos dispuestos a cambiar de idea. Vendremos, en cualquier caso. Mantente firme, Magister, y sé rápido, no podemos quedarnos aquí.

Dicho esto, cierran la puerta tras de sí y se lanzan escaleras abajo.

Magister Thomas intuye el efecto que el breve encuentro ha producido sobre mí:

—No temas —me tranquiliza cogiéndome por los hombros—. ¡El Señor defenderá a su pueblo, ten fe en ello! Ahora ánimo, tenemos que irnos.

Voy a llamar a Ottilie y a Elias. Johannes Denck ya no está con nosotros; se fue ayer noche, camino de Eisenach, en busca de cañones, armas y municiones y se reunirá con nosotros por el camino.

Salimos por el pasaje que lleva directamente a la iglesia; Magister Thomas a la cabeza, nosotros detrás, en silencio. Cruzamos a paso lento las naves asaeteadas por los rayos del sol. Elias abre el pesado portón y nos encontramos, en penumbra aún, en las escalinatas de la catedral. Las miradas de la multitud están dirigidas todas hacia las ventanas de nuestra estancia. Thomas Müntzer avanza un poco, hasta el centro de la escalinata. Nadie advierte su presencia. Su primer grito colma la plaza, rebosante ya de por lo menos cuatro mil personas, y pronto se ve ahogado por una oleada de voces vibrantes.

—¡Pueblo de Mühlhausen, escucha, la batalla final está próxima! El señor pronto pondrá al impío en nuestras manos, tal como hizo con los madianitas y con su rey, derrotados por la espada de Gedeón, hijo de Joás. Igual que las gentes de Sucot, también vosotros, dudando del poder del Dios de Israel, rechazáis prestar ayuda a las filas de los elegidos, y reserváis los cañones y las armas para la defensa de vuestro privilegio. Gedeón derrotó a las tribus de Madián con trescientos hombres, de treinta mil que había convocado. Fue el Señor quien menguó sus filas, para que el pueblo no creyera que había triunfado merced a sus solas fuerzas. Todos aquellos que sentían temor fueron apartados. No de modo muy distinto a como ocurre hoy, la tropa de los elegidos se ve disminuida por el abandono de los ciudadanos de Mühlhausen. Yo digo que esto está bien; porque nadie podrá

olvidar lo que el Señor ha hecho por su pueblo y, si necesario fuera, yo estaría dispuesto a marchar solo contra los mercenarios de los príncipes. Nada es imposible para aquellos que tienen fe. Pero a aquel que no la tiene, le será arrebatado hasta aquello que posee. Por eso escuchad, gentes de Mühlhausen: el Señor ha escogido a los suyos, los elegidos; quien no sienta su corazón henchido de coraje, de fe, que no ponga trabas a los designios de Dios: que se vaya, ahora, hacia su destino de perro. ¡Lejos! Que vuelva a su taller, que vuelva a su cama. Que se largue, que desaparezca para siempre.

La gente comienza a lanzar voces y gritos, a empujarse y a oscilar y se arman trifulcas un poco por todas partes entre quienes se consideran dignos y quienes quieren quedarse en su casa y tildan de loco a Magister Thomas, gritando a voz en cuello.

Al final se quedan unos trescientos, gente en su mayoría de fuera, vagabundos llegados a la ciudad para entregarse al saqueo de las iglesias, simples pobretones y gente de San Nicolás, que no abandonarían a Thomas Müntzer ni aunque el sol se volviera negro. El Magister, que no ha abierto más la boca, hace ademán de dirigirse a su pequeño ejército, cuando este se divide en dos, para franquear el paso a algunos milicianos que arrastran tres cañones.

—¿Y estos de dónde salen? —pregunta Elias en tono displicente.

—No nos son de ninguna utilidad —corta tajante la guardia—. Podéis quedároslos. Heinrich Pfeiffer dice que el Señor puede tener necesidad de ellos.

Menos de dos horas después la columna de los escogidos sale de la ciudad en silencio, por la puerta norte. Cierran la fila dos carros cargados de vituallas, los cañones, tirados por mulos. Un gusano horada el capullo que desde hace tiempo lo protegía y comienza a arrastrarse lentamente hacia una nueva vida, la nueva época, desconocida y rapaz, que la expectativa de convertirse en mariposa confiere fuerzas para superar.

Negro, con largas crines de reflejos plateados sobre dos tizones y los ollares dilatados, el animal que conduce a la espada de Gedeón a la batalla lanza espumarajos por la boca y piafa. De la silla cuelgan las alforjas repletas de misivas de los sublevados, que el Magister ha reunido en meses y meses de furibunda errancia: no las abandona jamás, pues contienen nombres, lugares y noticias que harían la alegría de cualquier esbirro de los príncipes.

Me doy la vuelta, detrás de los cañones arrastrados por los mulos, un manto de polvo vuelve opaca a Mühlhausen. Difusas las murallas, las torres se desvanecen cual una estampa disuelta por el agua, igual que mi alma embargada de una angustia como nunca había

sentido. Ya nada detrás, dirijo la mirada al frente, de nuevo el Magister, orgulloso, frena al caballo, mira fijamente el horizonte, el arreglo de cuentas, el castigo de los impíos.

Me infunde fuerzas, ha llegado la hora, hay que ir.

CAPÍTULO 28
Eltersdorf, febrero de 1527

Exactamente así. Fue de ese modo como dejamos Mühlhausen. Los recuerdos de esos últimos días son nítidos como el perfil de las colinas en este claro día. Cada palabra de Magister Thomas, cada frase de Ottilie salen de mi memoria como las notas de un reloj musical holandés, el peso del pasado tira de las cuerdas y hace girar el mecanismo. El ruido de las ruedas de los tres cañones a lo largo de la calle, el saludo de las mujeres en los campos, la excitada felicidad de Jacob y Mathias, que diríanse gorriones revoloteando alrededor de un carro de trigo, el encuentro con los hermanos de Frankenhausen, la primera noche pasada en la llanura, a escasa distancia de las murallas, en espera de partir contra los ejércitos del landgrave de Hesse, venidos para hacer justicia de la enésima ciudad sublevada.

Exactamente así. Elías, furibundo, repite que somos solo ocho mil, él que a simple vista sabe calcular el número de gente que compone las multitudes. El eco de sus insultos a los mineros de Mansfeld que no se han presentado, retenidos por la promesa de un aumento de su paga diaria. La noticia de que Fulda fue conquistada hace diez días, así como también Eisenach, Salza y Sonderhausen. Hemos quedado cortados, aislados. El landgrave Felipe se ha puesto en marcha apresuradamente y nos ha rodeado. No se tiene noticia de Denck, pero aunque hubiera encontrado hombres y armas, a estas horas se encontraría ya detrás de las líneas del príncipe.

—¡A mayor gloria de Dios, a mayor gloria suya!

Este fue el grito del Magister ante aquellas noticias. Quisiera repetir ahora esa incitación, aquí, en la era de la casa del párroco de Vogel, delante de ocho gallinas, aunque sé que daría exactamente lo mismo. Pero no tengo ya fuerzas más que para mascullarlo un poco entre dientes, en voz baja.

El mecanismo gira. Ottilie, que organiza la retaguardia en Frankenhausen: alojamientos, defensas, aprovisionamiento.

Continúa girando. Los rostros de muchos, con la precisión del retrato. Unos ojos azules y la nariz ganchuda de un herrero de Rottweil, un mentón carnoso y unos bigotes rubios y también una nariz chata y unas orejas de soplillo. Rostros y voces, uno tras otro. Hans Hut, que amontona los libros dentro de la carreta, el caballo listo para ser enganchado: un pequeño librero inadaptado a la batalla que quiere volver a su imprenta.

De golpe, un tirón, la cuerda se traba y las notas desentonan, chirrían, se funden en un único zumbido. Los colores se mezclan en la paleta de la memoria. El recuerdo muere y deja paso a un horror confuso.

CAPÍTULO 29
Frankenhausen, 15 de mayo de 1525, por la mañana

La señal.

Estriado, llameante, purpúreo, de improviso sale el arco iris tras las alturas y las huestes de Felipe, ante las miradas arrobadas de los humildes.

Por un instante, hace que desaparezca el miedo, no anunciado por ninguna lluvia, cielo claro, el escudo de la liberación pintado ya en nuestros pendones de blanca tela remendados lo mejor posible, las banderas del pueblo del Señor que se alzan para saludar el toque de trompeta celestial que prepara el ajuste de cuentas.

Fragor, tiembla la tierra por doquier, sus entrañas se abren para tragárselos, tiembla la tierra, se resquebraja, da vueltas, truena, eructa la potencia de Dios.

Un puño del tamaño de un hombre me derriba al suelo, aturdi-do, la cara en el fango. Me vuelvo de lado, guiado por un estertor, un hombre con un coágulo de sangre y huesos en vez de rostro. Otros estallidos, el polvo tapa los ojos, hombres que se protegen debajo de los caballos, de los carros, dentro de los boquetes que se abren en la llanura. Me refugio detrás de uno de los pocos árboles que está cerca de un muchacho con una esquirla de madera clavada entre las costillas, pálido de miedo y dolor.

Los cañones continúan disparando.

La cabeza del Magister clavada en un palo. Eso es lo que piden. Así podrá haber clemencia.

Malvada milicia de siervos de mierda. Sucios bastardos hijos de perra apestosa. No pondréis condiciones al ejército de Dios. Esqueletos llenos de gusanos secos al sol. Infames falanges de las Tinieblas. Traspasaremos vuestros culos con los mangos de los picos. Señor, no nos abandones ahora. Las madres inmundas que os trajeron al mundo jodían con los machos cabríos del bosque. Volved a lamerles el culo a vuestros amos. Perdón, si hemos errado. El infierno abrirá sus tremendas fauces, sus entrañas se os tragarán. Si hemos pecado, hágase Tu voluntad, Tu santa voluntad. Escupiré los huesos, tras haberlos dejado mondos uno a uno. Solo el amor y la palabra del Redentor, en el Día de la Resurrección de los últimos.* No habrá piedad

* Los últimos en la jerarquía social, los humildes, los pobres. Alusión a la parábola

para vuestras almas corruptas. Que la fe en Dios omnipotente nos proteja.

¡Magister! ¡Magister! Gritos enloquecidos. Los míos. Una vorágine de pánico alrededor, la huida del rebaño ante la manada de lobos.

Lo descubro delante de mí, arrodillado, aplastado contra el suelo, clavado como una estatua. Encima de él, oigo gritar mi voz sobre el fragor que se acerca por el horizonte:

—¡Magister! ¡Magister!

La mirada vacía, en otra parte, una oración farfullada entre dientes.

—¡Magister, por Dios, levántate!

Trato de levantarlo, pero es como querer arrancar de raíz un árbol, resucitar a un muerto. Me arrodillo y consigo volverlo de espaldas: expira en mi regazo. No hay nada que hacer. Se acabó. El horizonte se precipita hacia nosotros cada vez más rápido. Se acabó. Le sostengo la cabeza, el pecho desgarrado por el llanto y por el último grito, que escupe la desesperación y la sangre al cielo.

Hace poco que es de día cuando comenzamos a prepararnos para ir al encuentro de los príncipes. El aguardiente circula de las cantimploras a las gargantas tratando de enjuagarlas de la ansiedad y del miedo. Hace poco que es de día, y a la luz incierta y pálida, bajo la fría niebla que se levanta despacio, lentamente, como frente a un telón, distinguimos una franja negra en el extremo norte de las colinas. Aunque nadie ha dado la alarma, están ya aquí. Magister Thomas espolea el caballo, a la carrera, de una parte a otra del campamento, para reavivar el fuego de la fe y de la esperanza. Alguno vocifera, levanta las horcas, las azadas convertidas en alabardas, dispara al aire y vomita palabras de burla y de desafío. Otro se arrodilla y reza. Un tercero se queda inmóvil, como impactado por la mirada del basilisco.

Un trecho de intensa brasa se extiende a lo largo de la colina por el lado oeste, traza los contornos siniestros de la aurora jaspeada de tenues destellos. El ejército de Jorge de Sajonia se sitúa en posición de espera en la cresta occidental. Negras formas alargadas se extienden hacia el llano: los cañones.

Salida como una flecha de la nada hecha de polvo acre y sangre, la fiera enjaezada cae sobre un grupo de desventurados, paralizados por el terror, acurrucados en posición orante, o rígidos cadáveres en espera de la sentencia fatal. Con la pica abatida a la altura del tórax,

evangélica (Mat 19, 30), en la que Jesús afirma que los últimos serán los primeros en entrar en el reino de los cielos. (N. del T.)

cascos y patas sortean un pequeño boquete, traspasa de parte a parte a un ser indefenso que está de rodillas, arrolla un amasijo deforme de articulaciones, huesos, piel y arpillera. Desenvaina una empuñadura de larga hoja delgada, lanza coces entre los cuerpos sacudiendo la armadura, la deja caer sobre un pobre hombre que se ha parado a su derecha implorando piedad. Inclina el pesado cuello, resopla, se dobla hasta casi caer, cercena limpiamente el brazo izquierdo, se lanza de nuevo a la carrera hacia nuevas presas, se alza el grito de feroz exultación.

Cae el polvo. Un claro de luz sobre la carnicería. Nada más que cuerpos y gritos mutilados. Ni un rugido. Luego los veo: las filas se abren, hierro, picas, estandartes al viento, y el ímpetu contenido de los animales que piafan. El galope desciende por la ladera de la colina, fragor de cascos y corazas; negros, pesados e inexorables como la muerte. El horizonte corre hacia nosotros borrando la llanura.

No es el impacto del acero el que me lleva, sino el agarrón de Sansón, que alza al Magister en alto, hacia las nubes y me arrastra a mí por un brazo.

—¡Levántate, rápido!

Elias, un viejo guerrero, la cara negra de tierra y sudor, casi como en sueños. Elias, la fuerza, indicándome la dirección, gritando que corra con él lejos de la muerte.

—¡Ábreme paso, muchacho, te necesito!

Magister Thomas cargado sobre los hombros, y yo que vuelvo a sentirme las piernas.

—¡Cógelas!

Las alforjas del Magister, las aprieto bien fuerte y corro adelante, dando empujones a los cuerpos, y de cabeza hacia la salida del infierno.

Correr. Hasta la ciudad. Nada más. Ni un pensamiento. Ni una palabra. La esperanza de ese hombre hecha pedazos, abro el paso a su salvación.

Casi a ciegas.

**El ojo de Carafa
(1525-1529)**

Carta enviada a Roma desde la ciudad sajona de Wittenberg, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 28 de mayo de 1525.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Mi muy honorable señor, con gran satisfacción escribo para dar la feliz noticia: las órdenes de Vuestra Señoría han sido cumplidas lo más prestamente posible y han obtenido el resultado apetecido.

Quizá hayáis tenido ya noticias de tierras de Alemania y sepáis que el ejército de los campesinos alzados ha sido derrotado. Mientras escribo estas líneas los mercenarios de los príncipes se aprestan a debelar los últimos focos de la mayor revuelta que hayan conocido estas landas.

La ciudad rebelde más fortificada, que fuera el epicentro del incendio, Mühlhausen, se rindió hace ya algunos días al ejército de los príncipes y la cabeza de su cabecilla Heinrich Pfeiffer rodó ayer en la plaza de Görmar, junto con la de Thomas Müntzer. Cuentan las habladurías que en sus últimas horas al predicador, sometido a tormento, no se le oyó ni un solo lamento en espera del verdugo y que solo una vez, en el postrer instante de vida, hizo oír la frase por la que se hiciera famoso entre el vulgo: «Omnia sunt communia», dicen que fue su único grito, el mismo lema que ha animado el furor popular de estos meses.

Ahora que la sangre de los dos hombres más peligrosos se ha mezclado sobre el empedrado, Vuestra Señoría puede sin duda alegrarse por esa perspicacia y prudencia en la que su fiel observador ha confiado ciegamente desde siempre.

Mas para no faltar al voto de franqueza que habéis solicitado de mi parte, confesaré que tuve que actuar de forma sumamente precipitada, a riesgo incluso de poner en peligro todos los meses de trabajo y de esfuerzos centrados en el intento de ganarme la confianza del fogoso predicador de los campesinos. Solo gracias a la antedicha argucia, por otra parte, fue posible acelerar la ruina de Müntzer. El haberle ofrecido mis servicios e informaciones sobre las intrigas de Wittenberg hizo posible que pudiera ganarme su confianza y poderle pasar las falsas noticias que lo espolearon al enfrentamiento campal. En honor a la verdad, debo decir que nuestro hombre puso todo de su parte para hacer que los acontecimientos se precipitaran: mi misiva no surtió más efecto que el de ofuscar las últimas luces de su

raciocinio. Un ejército de desaharrapados no podía tener la menor esperanza de derrotar a las tropas perfectamente armadas de los lansquenets y a la caballería de los príncipes.

Ahora bien, mi señor, dado que con tanta magnanimidad requerís mi parecer sobre cuanto se ha hecho hasta ahora, dejad que vuestro agradecido servidor libere su corazón del peso de todas las impresiones y de los simples juicios que lo colman.

Cuando el buen corazón de V.S. me eligió para observar de cerca los compromisos de los príncipes alemanes con el monje Martín Lutero, no era posible imaginar lo que Dios Nuestro Señor le tenía reservado a esta región. Que la apostasía y la herejía hubieran concertado un pacto tan estrecho con el poder secular y hubieran arraigado a tal punto en los ánimos, no era un destino que el intelecto humano pudiera entrever.

Ello no obstante, en esa tremenda situación de dificultad, vuestra firmeza me ordenó buscarle un antagonista al condenado Lutero, para fomentar el espíritu de rebelión del pueblo contra los príncipes apóstatas y debilitar su estrecha unión.

Cuando no estaba en ninguna facultad humana reconocer el grave peligro que había de llegar de aquel que se erige en el paladín de la Catolicidad, el emperador Carlos V, fue tal vuestra prudencia que le indicó a su humilde servidor la dirección adecuada en que debía encaminar su labor e inmediatamente, no bien conocida la noticia de la captura del rey de Francia en los campos de Pavía, supo dar la orden más apropiada: acelerar el fin de la revuelta campesina, con objeto de que los príncipes amigos de Lutero pudieran ser firmes rivales de Carlos. El Emperador, en efecto, tras haber vencido y capturado al rey de los franceses en Italia, se alza ahora como un águila rapaz que, manifestando querer defender el nido de Roma, puede hacerle sombra con sus alas y con su afilado rostro. Sus vastos dominios y su poder son por lo demás tales que ponen en peligro la autonomía de la Santa Sede y la autoridad espiritual de Roma, hasta el punto de ser preferible que en una región del Imperio como esta desde la que escribo, príncipes herejes sigan clavando la espada en el costado de Carlos, a fin de no dejarlo libre de imponer su voluntad en todo el orbe. Lo que el pecador aprende es que Dios misericordioso no deja nunca de recordarnos cuán misteriosos e insondables son Sus designios: aquel que nos defendía ahora nos amenaza y aquellos que nos atacaban ahora son nuestros aliados. Hágase, pues, la voluntad de Dios. Amén.

Y he aquí, por tanto, que el siervo responde con la franqueza requerida por su Señor: la valoración de V.S. ha sido siempre en mi modestísima opinión sumamente perspicaz e inmediata. Y lo ha sido

mucho más en esta última situación de dificultad, hasta el punto de que Su brazo se siente sumamente honrado de haber sabido actuar lo más prestamente posible a la hora de cumplir vuestras órdenes.

Más de cuanto V.S. intuyera o previera, no era dado intuir ni prever. Oscuros y tortuosos son los caminos del Señor y solo a Su voluntad debemos encomendarnos. No corresponde a los mortales juzgar las obras del Altísimo: nuestra humilde tarea, tal como Vuestra Señoría no pierde ocasión de recordarme, no puede ser otra que la de defender una vislumbre de fe y cristiandad en un mundo que parece ir perdiéndola de día en día. Por esto hacemos todo lo que hacemos, sin preocuparnos de las leyes humanas o de los sufrimientos del corazón.

Pues bien, tengo el convencimiento de que sabréis encaminarme una vez más, entre las adversidades y las añagazas que estos tiempos parecen reservar a los cristianos y que producen escalofríos. El Señor ha querido conceder a este pecador la valiosa guía de Vuestra Señoría y ha tenido a bien conceder que estos ojos y esta mano puedan servir a Su causa. Lo que me mantiene firme a la hora de afrontar los desafíos futuros, en impaciente espera de una nueva palabra vuestra.

Beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo continuamente a su gracia.

De Wittenberg, el día 28 de mayo de 1525,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 22 de junio de 1526.

Al muy munificente y honorable señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Su Ilustrísima Excelencia ha querido honrar con un cumplido inmerecido y con una gracia en exceso grande a quien simple y humildemente aspira a servir a Dios por medio de Vuestra Merced. Mas para no querer faltar a las órdenes de Vuestra Señoría y confiando plenamente en vuestra prudencia, apenas recibí la última misiva, me puse en camino hacia esta gran ciudad imperial con el fin de cumplir con la consigna de mi señor.

A propósito de esta última tengo que informar de la esplendidez con que el joven Fugger me recibió en atención a vuestra recomendación. Se trata de un hombre devoto y avisado, que posee toda la prudencia de su tío y su misma habilidad para el cálculo, unidas al coraje y al espíritu emprendedor propios de su joven edad. La desaparición del viejo Jacob Fugger, hará ahora ya dos años, no ha afectado a las actividades y a los ilimitados intereses de la más rica e influyente familia de Europa; el celo con que el sobrino atiende los negocios que fueron de su tío solo se ve superado por su cristianísima devoción y fidelidad a la Santa Sede. Salta a la vista la sencillez y abstinencia sincera en un joven como Anton Fugger, si se la compara con lo ingente de su crédito en oro en todas las cortes de Europa.

Respecto a la reanudación de la guerra y a la nueva alianza concertada por la Santa Sede con Francia, él, proveedor del Emperador, se ha tomado la molestia, acaso esperando una intercesión mía ante V.S., de ratificar su neutralidad; la misma neutralidad, permítaseme añadir, que solo puede emanar del oro purísimo. Mi impresión es que le importa bien poco a este piadoso banquero quién contraiga un crédito de sus arcas, sea este imperial o francés, católico o luterano, cristiano o musulmán; para él lo esencial es cuánto y en qué forma. Que esta guerra sea ganada por unos o por otros, no existe gran diferencia a sus ojos, pero, bien mirado, el estado ideal para este joven financiero no es otro que el de tablas, o de una guerra permanente que no tenga vencedores ni vencidos y mantenga atadas a los cordones de su bolsa a las cabezas coronadas de todo el orbe.

Pero no he sido enviado a Augsburgo para emitir juicios acerca de los banqueros. En relación, así pues, al crédito que V.S. ha querido

abrir a mi nombre, Fugger se ha manifestado honrado de poder contar entre sus clientes a una persona a la que tiene en tan alta estima y que se duele de no poder conocer personalmente, como es Vuestra Señoría. Él ha considerado necesario proporcionarme un símbolo, que permita a sus coligados reconocermme en cada ciudad del Imperio y a mí retirar el dinero en todas sus filiales, garantizándome así la máxima libertad de movimientos. Por razones que es fácil colegir no ha querido informarme del tipo de crédito abierto, dejando apenas intuir que se trata de una cuenta «ilimitada». Por mi parte, Dios no quiera que falte yo al respeto a V.S., no he considerado oportuno preguntar más. Dicho lo cual, me apresuro ahora a informar a V.S. de que trataré de administrar el privilegio que ha querido concedermme con moderación y prudencia, en la medida de mis posibilidades, comunicando de forma preventiva a mi señor cada utilización de las sumas puestas a mi disposición.

No me queda sino expresar mi agradecimiento a V.S. por la infinita munificencia y encomendarme a su gracia en espera de nuevas noticias.

Que Dios misericordioso quiera conceder salud a mi señor y su mirada magnánima no abandone a este indigno siervo de Su Santa Iglesia.

De Augsburgo, el día 22 del mes de junio del año 1526,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 10 de junio de 1527.

Al muy honorable señor mío, Giovanni Pietro Carafa, felizmente librado de las inmundas filas de los herejes bárbaros.

La noticia de saber que Vuestra Señoría está sana y salva llena mi corazón de contento y alivia finalmente el pesar que en estos terribles días me ha quitado el sueño. El solo hecho de pensar en el solio de San Pedro devastado por los nuevos vándalos me hiela la sangre en la las venas. No me atrevo a imaginar qué tremendas visiones y qué pensamientos de muerte deben de haber asaltado a V.S. Eminentísima en tales momentos. Nadie mejor que este devoto siervo puede conocer la brutalidad y la impiedad de los alemanes, soldadotes inmundos atiborrados de cerveza e irrespetuosos con toda autoridad, con todo lugar santo. Bien sé que mancillar las iglesias, decapitar las efigies sagradas de los santos y de la Virgen es considerado por ellos como un mérito de fe, aparte de como un verdadero solaz.

Pero tal como V.S. afirma en su misiva, el escándalo no podrá quedar impune; si Dios omnipotente ha sabido castigar la arrogancia de estas bestias desencadenando sobre ellas la peste, no dejará de castigar a quien les ha abierto la jaula, dejando que se esparcieran por Italia: si no ante el Santo Padre, el Emperador deberá responder de ello en presencia de Dios.

El Habsburgo finge, en efecto, no saber que en su ejército y en el de sus príncipes anida toda una milicia de herejes: luteranos que no tienen ningún respeto por nada ni por nadie. No me faltan, efectivamente, razones para creer que no ha sido una mera casualidad que el mando de la campaña de Italia le fuera confiado a Georg Frundsberg y a sus lansquenets. Estos son conocidos aquí por su inhumana crueldad e impiedad, aparte de por la simpatía que sienten por Lutero. No me extrañaría en absoluto si lo que hoy parece el resultado indeseado de una correría de bárbaros mercaderes, mañana se revelase el fruto de una decisión militar e interesada del Emperador. El saco de Roma debilita al Santo Padre y lo deja inermes en manos del Habsburgo. Este último ha encontrado así la manera de ser a un tiempo paladín de la fe cristiana y valedor de la Santa Sede.

No puedo, por tanto, sino compartir las durísimas palabras de condena y de desprecio de Vuestra Señoría, cuando afirma que Car-

los amenaza cada vez más de cerca y sin ningún pudor la autonomía de la Iglesia y que deberá pagar por esta inaudita afrenta.

Ruego, pues, al Altísimo para que quiera asistirnos en el gran misterio de la iniquidad que nos rodea y conceda a Vuestra Señoría resistir contra quien se dice defensor de la Santa Iglesia de Roma, cuando no tiene ningún escrúpulo en permitir a su inmunda soldadesca el devastarla.

Sinceramente fiel me encomiendo a V.S. besando sus manos,

De Augsburgo, el día 10 de junio del año 1527,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta remitida desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 17 de septiembre de 1527.

Al eminentísimo y reverendísimo señor Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Muy honorable señor mío:

En esta grave hora de incertidumbre únicamente me está permitido apelar a la misericordia de Dios, consciente de que Su luz, por medio de la bondad que Vuestra Señoría continúa manifestando para conmigo, puede indicar a este indigno mortal el camino a seguir en medio de las tinieblas que nos rodean. Y es por ello por lo que me apresuro a referir cuanto aquí sucede, en el podrido corazón del Imperio, en la esperanza de que alguna de mis palabras pueda ser de ayuda a los designios de Vuestra Señoría.

La Sajonia del Elector se apresta a modificar su propio ordenamiento eclesiástico: el último acto de la labor comenzada ahora hace ya diez años está a punto de tener lugar. Desde la muerte de Federico el Sabio, hace de ello dos años, se hizo clara en efecto la intención de su hermano Juan de continuarla a partir del punto en que su predecesor había tenido que interrumpirla. Pues bien, el nuevo ordenamiento concede al propio príncipe la elección de los párrocos, quienes ahora pueden tomar mujer; un Consistorio de doctores y superintendentes lo aconsejan en su selección; el patrimonio de la Iglesia está puesto bajo el control del príncipe, que más pronto o más tarde procederá a apropiárselo enteramente, así como la enseñanza de la doctrina y la gestión de las escuelas; la formación de las nuevas promociones de teólogos luteranos está así garantizada. En Marburgo ha sido fundada la primera universidad herética.

El modesto parecer del siervo de Vuestra Señoría es que la peste luterana es ya invencible por medio de las solas fuerzas humanas, y que únicamente es posible intentar una contención dentro de las fronteras que hasta ahora ha ganado. Mas los acontecimientos de los últimos años han enseñado a este pobre soldado de Dios que con frecuencia lo que parece un mal, en los altos designios del Altísimo puede transformarse en un bien. El matrimonio de la fe herética con los príncipes alemanes hace que aquella no pueda desvincularse ya de estos últimos y de las alianzas que quieran establecer. Pueden revelarse excelentes aliados contra el Emperador y ya ahora no es raro encontrar mensajeros y embajadores franceses a lo largo de los cami-

nos de estas landas germánicas. Sin duda es prematuro esperar un inminente amotinamiento de los príncipes contra Carlos, pero no es de locos preverlo para el futuro. Creo yo, mi señor, que nuestros cálculos se revelarán en el curso del tiempo de lo más acertados y premonitorios. Por tanto, si la suerte de la guerra en Italia se inclina en favor de los franceses, consuélase V.S. pensando que de aquí a pocos años Carlos corre el riesgo de ver sus propios confines orientales atrapados entre el Turco y los príncipes luteranos. Entonces, su poder comenzará verdaderamente a vacilar.

Pero existe un mal sutil que apunta en esta infortunada tierra del que me apresuro a darle noticia.

En las últimas semanas se ha visto a esta ciudad sacudida por la represión contra los llamados anabaptistas. Estos blasfemos llevan a sus extremas consecuencias las pérfidas doctrinas de Lutero. Rechazan el bautismo de los niños, pues consideran que el Espíritu Santo únicamente puede ser aceptado por voluntad del fiel que lo recibe; rechazan la jerarquía eclesiástica y se unen en comunidades, cuyos pastores son elegidos por los mismos fieles; niegan la autoridad doctrinal de la Iglesia y consideran la Escritura como la única fuente de verdad; pero, peores en esto que Lutero, se niegan asimismo a obedecer a las autoridades seculares y pretenden que sean las propias comunidades cristianas las que desempeñen la administración cívica. Además, se oponen a la riqueza y a todas las formas seculares del culto, las imágenes, las iglesias, las vestiduras sagradas, en nombre de la igualdad de todos los descendientes de Adán. Quisieran subvertir el mundo de arriba abajo y no es casualidad que muchos veteranos de la guerra de los campesinos hayan simpatizado con ellos, abrazando su causa.

Las autoridades se las verán y desearán para reprimir a estos seducidos por Satanás, que justo el pasado mes se dieron cita aquí en Augsburgo para celebrar un sínodo general. Afortunadamente en pocos días casi todos sus jefes fueron encarcelados. Entre ellos no figuran hombres del peso de Thomas Müntzer, y no obstante el peligro que representan se augura más grave del que pudiera hacer pensar su actual número. Sus herejías, en efecto, parecen difundirse por todo el sureste de Alemania con suma facilidad y rapidez. Tienen predilección por las clases bajas, los trabajadores manuales, que permanecen inficionados con el odio que incuban contra sus superiores. Las poblaciones de los campos, ignorantes y descontentas, participan a menudo en sus rituales en los bosques cediendo al encantamiento de Satanás. Precisamente por el hecho de no estar vinculados a ningún ordenamiento civil y religioso, estos anabaptistas, que se llaman entre sí hermanos, propagan más fácil y rápidamente su propia peste de lo

que el mismo Lutero ha conseguido hacerlo en los últimos tiempos; es fácil prever que su número se acreciente y pronto el anabaptismo rebase los límites de esta ciudad. En cualquier parte donde haya un campesino o un artesano descontento, hambriento o maltratado, hay un hereje en potencia.

He aquí por qué no dejaré de recoger informaciones y de seguir lo más cerca que me sea posible la suerte de estos descreídos, a fin de proporcionar a V.S. nueva materia de valoración.

No quedándome nada más que decir, beso las manos de Vuestra Señoría, encomendándome a la benevolencia de quien acostumbra a hacerme el honor de concederme el seguir prestando estos pobres ojos a la causa de Dios.

De Augsburgo, el día 17 de septiembre del año 1527,
el fiel observador de V.S.,

Q.

Carta enviada a Venecia desde la ciudad imperial de Augsburgo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 1 de octubre de 1529.

Al eminentísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Venecia.

Mi muy honorable señor, el ánimo de este siervo se llena de gratitud y de emoción por la posibilidad que se le ofrece de comparecer ante vuestra presencia. No tengáis ninguna duda de que pueda faltar a la cita: la paz ha vuelto los caminos de Lombardía más seguros y este hecho, unido a la urgencia que tengo de ver a mi señor, me hará quemar las etapas hasta Bolonia. Siento de todo corazón que el santo padre Clemente haya tenido que aceptar una tan vil componenda con Carlos, concediéndole esta coronación oficial en Bolonia; la victoria sobre los franceses en Italia y ahora este reconocimiento pontificio enaltecerán a Carlos V al rango de los más grandes césares de la Antigüedad, sin que él posea ni una gota de sus virtudes ni de su rectitud. Mandará en Italia con arreglo a su voluntad, y mi parecer es que este congreso tendrá a los estados italianos, y al pontificio por encima de todos, como espectadores impotentes de las decisiones del Emperador. Pero ya basta: *vae victis*, no más por ahora, en la esperanza de que Dios misericordioso conceda a los ánimos devotísimos como el de Vuestra Señoría la gracia de saber poner coto a la arrogancia de este nuevo César.

Precisamente a dicho respecto me permitiré seguir haciendo uso de la franqueza a la que Vuestra Señoría tan magnánimamente ha querido acostumbrarme, dado que el libre divagar del pensamiento, tan desprejuiciado como seguro de provocar la sabia sonrisa de mi señor, me lleva a decir que actualmente los enemigos de Carlos son tres: el rey de Francia, católico; los príncipes germanos, de fe luterana; y el turco Solimán, infiel; y que si aquellos fueran capaces de hacer prevalecer su común interés antiimperial sobre la diversidad de creencias, golpeando al Imperio a la vez y de común acuerdo, entonces no cabría duda de que aquel vacilaría como una tienda sacudida por un vendaval, y con ella también el trono de Carlos. Pero estos ojos han recibido la orden ya de dedicar sus observaciones a los asuntos de Alemania y no al mundo entero, de ahí la necesidad de callar, en la espera impaciente de reunirme con Vuestra Señoría en Bolonia, y poder hablarle personalmente de la situación alemana y en particular de la de los herejes anabaptistas a

los que V.S. recordará haberme oído hacer mención ya varias veces con anterioridad.

En la esperanza de no retrasarme un solo día a la cita, beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo a su gracia.

De Augsburgo, el día primero de octubre de 1529,
el fiel observador de V.S.,

Q.